



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

GREDOS

Título : Brasil y Uruguay : dos procesos de independencia íntimamente relacionados

Autor/es : Sánchez Gómez, Julio

Resumen : Íntimamente relacionados y destacadamente anómalos en relación con los demás de la América ibérica. Brasil fue el único estado en adoptar a largo plazo la forma monárquica de gobierno, el único en el que la esclavitud fue el centro de su sistema productivo y el único que no se rompió en pedazos y consiguió, a duras penas, mantener la unidad territorial de todo el conjunto colonial. El de Uruguay fue el proceso más largo, complicado y zigzagueante de entre todos los ocurridos en territorios separados de la soberanía española.

Palabras Clave : Brasil, Uruguay, Historia, 1806-1830, Proceso de independencia

Palabras Clave en inglés : Brasil, Uruguay, History, 1806-1830, Independence process

Cita Bibliográfica : Sánchez Gómez, Julio. (2009). Brasil y Uruguay : dos procesos de independencia íntimamente relacionados. En, J. B. Amores Carredano : Las independencias americanas, ¿un proceso resuelto?. Vitoria : Universidad del País Vasco.

BRASIL Y URUGUAY: DOS PROCESOS DE INDEPENDENCIA ÍNTIMAMENTE RELACIONADOS¹

***JULIO SÁNCHEZ GÓMEZ.
HISTORIA DE AMÉRICA. UNIVERSIDAD DE SALAMANCA***

Íntimamente relacionados y destacadamente anómalos en relación con los demás de la América ibérica. Brasil fue el único estado en adoptar a largo plazo la forma monárquica de gobierno, el único en el que la esclavitud fue el centro de su sistema productivo y el único que no se rompió en pedazos y consiguió, a duras penas, mantener la unidad territorial de todo el conjunto colonial. El de Uruguay fue el proceso más largo, complicado y zigzagueante de entre todos los ocurridos en territorios separados de la soberanía española

¹ El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada en el ciclo dedicado a las independencias americanas organizado por el área de Historia de América de la Universidad del País Vasco. Como tal texto de conferencia, está desprovisto de cualquier nota bibliográfica y así he decidido mantenerlo. He añadido, eso sí, una amplia bibliografía.



BRASIL

La conmemoración este año de los doscientos años del estallido de la insurrección contra la intervención de Bonaparte en la parte española de la Península Ibérica, que constituyó el inicio de la revolución liberal y de los levantamientos independentistas en los territorios americanos de la corona, ha oscurecido con su abrumadora presencia en este lado peninsular el hecho de que esa intervención napoleónica se produjo en el seno de una proyectada conquista conjunta hispanofrancesa del reino de Portugal que desembocó en la invasión del territorio luso por un ejército francés al mando del general Andoche Junot.

Frente a la inminente llegada de la agresión, la monarquía portuguesa se ausentó de Lisboa, río abajo, hacia sus dominios ultramarinos de Brasil, dejando tras de sí un angustioso vacío de poder. A esa situación se enfrentaron los ciudadanos de la capital primero y los de todo Portugal después, a medida que se transmitía la noticia a partir de la mañana del 27 de noviembre de 1807. El Estado en su conjunto y no la Corte, como erróneamente tantas veces se simplifica, habían abandonado el territorio metropolitano para dirigirse al otro lado del mundo y tratar de conservar allí el ejercicio del poder desde otra parte del territorio de la Corona. Emigraba la familia real, pero también consejeros, embajadores, altas jerarquías del Estado y de la Iglesia, cortesanos y una buena parte de la nobleza y de los más destacados individuos de la elite económica del reino. Con ellos salían de golpe de Lisboa en torno a 15 mil personas, un 10% de los habitantes de la ciudad, que en aquel entonces contaba con menos de 200 mil habitantes.

¿Qué es lo que había pasado?. En el juego de las presiones internacionales, en plena confrontación paneuropea de las guerras napoleónicas, en el dilema de tener que optar entre salvar el territorio o la dinastía, los Bragança, a diferencia de sus parientes españoles, eligieron una solución dinástica típica del Antiguo Régimen: decidieron salvar la continuidad familiar a costa de sacrificar una parte del territorio, aunque éste fuera el teóricamente más importante, el metropolitano. Pero su opción tenía mucho de práctica: en la apremiante necesidad de optar entre intentar conservar el pequeño territorio europeo con muy pocas posibilidades de éxito frente a Bonaparte y perder el riquísimo imperio ultramarino a manos de Inglaterra o afirmar éste perdiendo aquel, la Monarquía portuguesa optó por colocarse bajo la protección de la corona y la flota británicas y emigrar a ultramar con todo el aparato del Estado. La Monarquía y la aristocracia



que la rodeaba eran perfectamente conscientes de que vivían sobre todo de las rentas de Brasil y que sin ellas no había posibilidad de que la dinastía perviviese. Y tenían la absoluta certeza de que, sin la colonia americana, el territorio metropolitano era inviable y sería inmediatamente engullido por España.

En suma, trasladándose al otro lado del mar, monarquía y nobleza portuguesas escapaban a las vejaciones de la ocupación francesa y a un destino que intuían como el que cinco meses más tarde esperaba a sus cuñados y suegros, los monarcas españoles, esquivaban la posibilidad que temían de una insurrección liberal, que, quien sabe, podía desembocar en el fantasma que asustaba a todas las monarquías: el destino de Luis XVI y su familia. Y se dirigían a poner en pie el programa de edificar un nuevo país mucho más poderoso y rico que el pequeño, arrinconado y humillado Portugal continental.

Pero es que además, la idea del traslado del centro de la monarquía a Brasil para convertir a éste en el centro de un gran imperio no era una idea nueva. Había surgido ya en el siglo XVI: una de las primeras obras literarias nacidas en Brasil, los *Diálogos das grandezas do Brasil*, atribuidos a Ambrosio Fernández Brandão, ya recogían la profecía de un astrólogo al rey D. Manuel I de que la colonia serviría un día “*de refúgio e abrigo da gente portuguesa*”. El padre Antonio Vieira, uno de los más influyentes personajes portugueses de aquella centuria lanzó su teoría, de raíces sebastianistas, del Quinto Imperio, según la cual Portugal era el país predestinado a ser cabeza de un gran imperio, el quinto (que seguirá a los 4 anteriores), y ese gran imperio tendría su centro en Brasil. Y en esos mismos tiempos, en los de la Restauración de 1640, eran muchos los portugueses convencidos, tras el levantamiento contra España y antes de los tratados protectores de alianza con Inglaterra, de que la nueva dinastía solo lograría sobrevivir a la presión desigual de los Habsburgo refugiándose en ultramar, en el naciente poderío de Brasil.



Más tarde, esta vieja obsesión toma forma en la primera década de 1800, en plena turbulencia continental europea. En 1803 el que luego sería ministro en la corte trasladada a Brasil, D. Rodrigo de Souza Coutinho, presentaba al monarca un proyecto de reestructuración del imperio para hacer frente al peligro que comenzaba a vislumbrarse de emancipación de Brasil. Junto con planteamientos de igualdad entre el territorio ultramarino y el metropolitano, ante la eventualidad de pérdida de lo que ya se consideraba la parte más valiosa del territorio de la corona, para evitar lo que ya comenzaba a suceder a varios monarcas europeos, proyectaba la emigración del centro del imperio al Brasil. Era una forma de defender lo que entonces era una anomalía en Europa, uno de los países más débiles y pequeños, pero dotado de un enorme y riquísimo imperio colonial.

En su equipaje por tanto, la Corte portuguesa llevaba a Brasil la idea de constituir allí un imperio poderoso con base americana a costa de los países culpables de aquella emigración: Francia y, sobre todo, España. Muy pronto, la monarquía comenzó a poner en práctica esa idea de la construcción imperial. Hacia fuera, adoptando una política expansiva que se aprovecharía de la debilidad de los dos vecinos: Francia en el norte. Y Portugal procedió a la ocupación del territorio francés de la Guayana. Y España en el sur. La debilidad española se aprovechó para llevar a término una determinación casi obsesiva de la corona portuguesa postrestauración: ocupar el actual Uruguay y llevar la frontera de los dos imperios al Río de la Plata. Aun más, dos años después y aprovechando el que la princesa regente era hermana de Fernando VII, entonces cautivo, Carlota Joaquina de Borbón realizó maniobras para hacerse con todo el virreinato del Río de la Plata, solo abortadas por la oposición británica, que no estaba dispuesta a aceptar el crecimiento de una potencia en el Atlántico que podía acabar resultándole incontrolable. Gran Bretaña fue al final quien abortó el sueño imperial luso. En 1817, como veremos más adelante, el ejército de Su Majestad Fidelísima ocupaba Montevideo e incorporaba la Banda Oriental a sus dominios. Al final, las circunstancias exteriores dejaban el sueño imperial en magros resultados.



Hacia dentro, se trató de organizar la nueva sede del Estado en escenario digno de una realeza con poder absoluto e imperial sobre las 4 partes del mundo para una larga permanencia que muchos historiadores creen que acabó pensándose definitiva. Los signos de esta voluntad de permanencia son numerosos y entre otros, la conversión de Río, a base de obras públicas y de creación de instituciones –museos, teatros, bibliotecas, como la futura biblioteca nacional, academias, el jardín botánico, periódicos- en lo que Kirsten Schulz ha denominado un “*Versalles tropical*”. La monarquía llegaba en 1808 para quedarse. Solo la sucesión de acontecimientos de carácter insurreccional que tuvieron lugar a uno y otro lado del Atlántico entre 1820 y 1822 torcieron la orientación del proceso.

A partir de 1808, por tanto, en Brasil se pone en pie un Estado con todos sus aditamentos: ministerios –de Guerra y Asuntos Extranjeros, de Marina y de Hacienda e Interior-, tribunales, embajadas, funcionarios, corte aristocrática y el primer banco en ultramar, el Banco do Brasil. Por consiguiente, en los años en que en los territorios españoles vecinos comienza a acusarse el vacío de poder producido por los acontecimientos metropolitanos de 1808 y principian a ponerse en movimiento las elites locales para llenar ese vacío, en Brasil está sucediendo todo lo contrario: está comenzando a funcionar allí todo un aparato estatal. Aquella ruptura de la legitimidad dinástica que estuvo en la base de los acontecimientos en tantas ciudades de la América hispana a partir de 1810 no se dio aquí; no hubo una ausencia del depositario de la soberanía, no hubo, como si sucedió en los territorios de la corona española, un espacio vacío que hubiera que llenar y que sería llenado por los pueblos, tal como afirma J.M. Portillo, no se hacía preciso un proceso de refundación. Algo semejante si se produjo sin embargo en la metrópoli portuguesa, dónde fue patente el sentimiento por parte de los súbditos de haber sido abandonados por la dinastía y dejados en manos de los franceses primero y de los ingleses después y ello transmitió una cierta idea de ausencia de legitimidad que se hará patente en la revolución liberal de 1820.

Los años posteriores a 1808 fueron de afirmación constante de la importancia de Brasil en el conjunto de la monarquía en detrimento de la



antigua sede metropolitana. En 1808, nada más desembarcar en Bahía – donde la expedición descansó unos días-, Joao VI², haciendo frente a compromisos adquiridos con sus aliados británicos, decretó la apertura de los puertos brasileños a “*las naciones amigas*”; la medida permitió la presencia de comerciantes extranjeros en Brasil y contribuyó a dinamizar extraordinariamente el comercio externo de la colonia, hasta entonces ligada únicamente a Portugal. En realidad la apertura de puertos benefició exclusivamente a Inglaterra, que era la potencia que dominaba los mares en ese momento. Se iniciaba el largo periodo de dominio inglés en Brasil, que iba a durar más de un siglo, hasta el punto que un importante historiador brasileño de tinte nacionalista afirma que Brasil se convirtió en un auténtico “*protetorado inglês*”.

Y el proceso de afirmación de la personalidad de Brasil iba a culminar en 1815. Ese año, Juan VI tomó una medida de gran importancia en relación con el estatus del territorio de la colonia americana en el interior del imperio. Se crea entonces el “***Reino Unido de Portugal, Brasil y los Algarves***”, una providencia que ponía fin a la condición de colonia del territorio y lo elevaba a la total igualdad con la metrópoli. Si a todo ello añadimos que los primeros años de presencia de la Corte en Brasil, los de las guerras napoleónicas, fueron de expansión económica, estimulada por la libertad de comercio y apertura de los puertos y por el derrumbe de los competidores, que benefició notablemente a los productores y comerciantes³, podemos dibujar un cuadro de alta satisfacción entre las elites lusobrasileñas.

² En realidad, en el momento del traslado del Estado, Príncipe Regente en nombre de su madre, la reina María I, declarada incapaz como consecuencia de un agudo proceso de demencia.

³ Los años de las guerras napoleónicas –recordemos que a ellas se unió también la guerra atlántica entre Estados Unidos y Gran Bretaña- favorecieron a los productos tropicales brasileños, pues la ruptura de lazos coloniales y la inseguridad provocaron la desorganización de la producción de géneros tropicales en las colonias españolas y francesas, principales competidores de Brasil en la producción de esos géneros. Además, la falta de productos tropicales en el mercado europeo provocó un alza de precios, beneficiando a los productores brasileños. Los principales productos exportados por Brasil: azúcar, algodón, café, tabaco, arroz, cacao, especias y cueros tuvieron un mercado garantizado y a precios muy remuneradores en Europa hasta 1815.



El panorama comienza a resquebrajarse a partir de 1817. Estalla ese año un movimiento insurreccional en el Nordeste, en la región azucarera de Pernambuco, la denominada ***“Revolução Pernambucana”***, el primer sobresalto que turbó aquella tranquilidad en que se mantenía la antigua colonia desde la llegada de la Corte. La coyuntura económica, tan favorable a los productores agrarios exportadores hasta 1815, había cambiado. Con la paz en Europa habían aparecido nuevos competidores a los productos tradicionales de exportación del nordeste, con la consiguiente caída de precios en los mercados internacionales. Pero sobre todo, existía un creciente resentimiento contra la corte de Río, de la que pensaban que exigía elevados impuestos pero que éstos beneficiaban solo al sur en detrimento de un nordeste al que consideraban preterido e incluso perjudicado. Fue esta la primera manifestación de descontento del norte y nordeste, de una secuencia que produciría muchas otras hasta la segunda mitad del siglo. Todo ello unido a antiguos conflictos y fuertes tensiones de naturaleza económica y social en una sociedad fuertemente polarizada entre dueños de tierra y grandes comerciantes frente a una masa de población libre extremadamente desposeída y un elevadísimo número de esclavos, el mayor porcentualmente de Brasil, desembocó en un conflicto abierto. El movimiento, de carácter republicano y liderado por miembros de sociedades secretas en las que dominaban las ideas de la Revolución francesa, planteaba la independencia respecto del gobierno de Río y contó con un fuerte apoyo entre la población local. En su programa figuraba la instauración de una República dotada de una Constitución que garantizaba las libertades de pensamiento, prensa y religión, muy influida por el texto fundamental de los Estados Unidos, de cuyo sistema político eran los dirigentes fervientes admiradores. Recordemos que estamos aun en un escenario de Antiguo Régimen y con la sede de la monarquía en Río.

Los revolucionarios, que obtuvieron apoyo en otras regiones nordestinas contiguas –Río Grande do Norte, Paraíba, Ceará y Bahía, dónde el gobernador organizó una brutal, pero muy eficaz represión- expulsaron al gobernador e implantaron un gobierno provisional con representantes de la Iglesia, de los comerciantes, de la justicia, del ejército y de los propietarios agrícolas, que se mantuvo durante varios meses. La revolución, que



comenzó con un carácter muy interclasista, se radicalizó y, mientras daba entrada a blancos pobres y a esclavos, expulsaba a sus apoyos entre los propietarios de engenhos y comerciantes exportadores de Recife. El gobierno de Su Majestad envió un ejército que asedió a Recife por mar y tierra. Tras la toma de la ciudad, la represión fue extremadamente violenta, en consonancia con el susto que había producido en el entorno de la corte carioca: los principales líderes de la insurrección sufrieron la pena de muerte. La sombra del movimiento pernambucano planeó durante años sobre las élites brasileñas y fue, junto con la revolución de Haití, a la que se asimiló por parte de las élites del sur, uno de los factores que contribuyó a dar a la independencia brasileña el tono conservador que la caracterizó.

En los años de permanencia de la corte en Río, una buena parte de los quince mil cortesanos que acompañaron a don Joao y muchos otros que fueron llegando después crearon una red de intereses económicos, muchos compraron tierras o participaron como socios en el comercio, y familiares, estableciendo matrimonios con hijas de ricos propietarios locales. Todos ellos se convirtieron en un fuerte grupo partidario de conservar el gobierno en Brasil y desde luego, de hacer frente a cualquier vuelta atrás en el estatus de igualdad política con la metrópoli a la que Brasil había accedido. Ellos, junto con unas oligarquías locales que se habían enriquecido con el fin del monopolio y habían adquirido una importante dosis de orgullo local mediante la presencia de la corte y con la creación de las instituciones que daban lustre a la capital, se convirtieron en un importante grupo de *brasileñistas* partidarios del mantenimiento de la condición de reino de Brasil. Nadie antes de 1822 planteaba la independencia como proceso de separación respecto de la parte europea del Reino Unido; existía, sobre todo en el centro-sur, algo así como un “*patriotismo imperial*”, ligado a “lo portugués”, si bien surgían en las provincias del norte lo que el más importante periodista de la época, Hipólito José da Costa llamó “celos de unas provincias frente a otras, la causa por la que Bahía quiere mejor estar sujeta a Lisboa que a Río de Janeiro”.



Pero toda esta situación sufrió un cambio radical cuando en 1820 una revolución de carácter liberal estallaba en la ciudad metropolitana de Porto. Culminaba en ella un largo periodo de descontento metropolitano iniciado con el propio abandono de la corte y que se había alimentado con el empobrecimiento provocado por la guerra, el hundimiento del comercio ultramarino tras la apertura de puertos y las enormes ventajas concedidas a los comerciantes británicos y el hecho de que la Regencia fuera ejercida por un militar inglés. Todos estos males se atribuían a la ausencia de un monarca y de un gobierno de los que se pensaba que hacía mucho que debían haber regresado y de los que se empezaba a sospechar con cierto fundamento que no iban a retornar. Los portugueses metropolitanos sentían que se había producido lo que algunos historiadores de la independencia denominan la “*inversión colonial*”.

La revolución provoca en el ámbito portugués algunas situaciones semejantes, ahora sí, a las aparecidas en el ámbito español en 1808. La Junta constituida en Lisboa convoca unas Cortes constituyentes –las primeras Cortes en 200 años- elegidas mediante la ley electoral por la que se habían regido las de Cádiz, mientras que en Brasil, dónde en un principio la presencia de la monarquía pretendió prolongar la vigencia del Antiguo Régimen, estallaron movimientos –de norte a sur- a favor de una constitución para el conjunto portugués que depusieron a los gobernadores y crearon ***juntas provisionales de gobierno*** –algo que inmediatamente evoca acontecimientos semejantes en el ámbito hispánico de diez años antes- y que al final obligaron al rey a jurar la constitución aun nonata –las bases constitucionales-, tras varios intentos de poner en vigor directamente la allí mítica constitución de Cádiz y a organizar elecciones a representantes también en el territorio de Brasil.

La revolución acarrió la reasunción de la soberanía del rey por el pueblo. En este caso, también en Portugal, por abandono por parte del rey. En palabras de Fernádes Tomás, uno de los diputados portugueses liberales:

la ignorancia o el olvido en que nuestro adorado monarca tenía al reino y la desgraciada situación en que el reino se encuentra,



justifican plenamente que la nación reasuma la soberanía que en tiempos antiguos ya había ejercido, en los siglos venturosos en que Portugal tenía un gobierno representativo en las cortes de la nación.

Obsérvese que el liberalismo portugués, al igual que los diputados españoles de 1812, nunca se pensó a sí mismo como revolucionario y buscó en la mitificación y mixtificación de un pasado medieval democrático el precedente para su propia legitimación.

Ante los requerimientos desde la metrópoli, el rey decidió volver a Lisboa, pero dejando en Brasil un gobierno a cuyo frente colocó al príncipe ⁴heredero y todas las instituciones de gobierno que habían funcionado hasta entonces. Ahora, tras el fin del Antiguo Régimen, se prolonga la monarquía dual con bases teóricamente representativas.

Las Cortes Constituyentes tenían ante sí una tarea que, con la llegada y la participación de los diputados de varias provincias de Brasil se acabaría revelando imposible: amalgamar en una misma unidad los distintos intereses y proyectos de las muy heterogéneas partes del Imperio. Para empezar, los diputados mayoritariamente y siguiendo la pauta de sus antecesores gaditanos, a los que siguen en los lineamientos principales, optan por asimilar nación y territorios de la Monarquía y crear una única nación transoceánica, rompiendo así con la tradición anterior⁵ y sobre todo con la todavía reciente conformación de la monarquía como dual: “*A Nação Portuguesa é a união de todos os portugueses de ambos os hemisférios*”, decía el título segundo de la constitución de 1822.

Esta nación transoceánica se organizaría, y en esto pesó sobre todo la opinión de los diputados más cercanos ideológicamente a la constitución gaditana, con una sola representación y legislativo –las Cortes- y un solo

⁵ El uso del concepto “nación portuguesa” era anterior a la revolución liberal. Ya en el antiguo régimen la gran comunidad formada por los súbditos del rey de Portugal era percibida y denominada *nación portuguesa* como concepto abarcativo. Pero el paso a tener un sentido constitucional era un radical cambio cualitativo



poder ejecutivo, en ambos casos con sede en Lisboa. La consecuencia lógica de esta nación transoceánica única e indivisible fue la anulación de la monarquía dual y, consecuentemente, la desaparición del ejecutivo que estaba funcionando con sede en Río encabezado por el Príncipe Heredero. Los territorios –provincias se denominarían ahora en el caso de Brasil- serían gobernados por Juntas provinciales electivas, independientes unas de otras y responsables directamente ante Lisboa.

Y aquí es donde la historiografía tradicional y la nacionalista sitúan lo que denominan el “*intento de recolonización del territorio americano*” y, consecuentemente, la “*heroica reacción*” de Brasil, unánime en la defensa de las conquistas adquiridas en los tiempos de la monarquía con sede en ultramar. Nada más lejos de la realidad.

Los diputados de Brasil, en contra de lo afirmado por la historiografía y la creencia tradicional, actuaron sin coordinación: unos se alinearon con el ala metropolitana más jacobina, aceptaron el concepto de nación una e indivisible y firmaron al final la constitución de 1822, mientras que otros eligieron como el eje de su actuación la defensa de *la condición de reino de Brasil*, es decir, la permanencia allí de una parte del ejecutivo con amplia autonomía y encabezado por el príncipe heredero D. Pedro, una facción encabezada por los representantes de Sao Paulo. En realidad –y sin que esto refleje unanimidades en el seno de los grupos provinciales- la posición a favor del mantenimiento de Brasil como reino fue sostenida sobre todo por los grupos del centro sur que se habían beneficiado mucho con la instalación de la corte en el trópico y que luego serían los que construirían la independencia en los últimos meses de 1822. Frente a ellos, los representantes de norte y nordeste –Pará, Maranhao o Bahía- se movieron –por supuesto, tampoco de forma unánime- en defensa del hecho de que la situación geográfica les prometía mucho mayores ventajas de su unión con la corte de Portugal que con la de Río.

Esta división simple se fue convirtiendo en cada vez más compleja en ultramar. Una parte de las elites periféricas se sintieron cómodas con el poder que les concedía su control de las provincias a través de las Juntas



provinciales electivas. Además no habían percibido ventajas de su dependencia de Río en los tiempos de la corte en Brasil y tenían una tradición mucho más vinculada a Lisboa –de la que estaban incluso geográficamente más cercanas- que a Río.

En el centro-sur –Río, Sao Paulo, Minas- la percepción de las últimas décadas era muy diferente y una parte de las élites quería conservar lo que consideraban conquistas irrenunciables en forma de instituciones propias. Formaban las filas de este partido “brasileñista” productores de “*géneros tropicais de exportação*”, comerciantes exportadores ligados al comercio directo, decididos a continuar exportando al margen del complejo monopolista portugués, a los que se unían todos aquellos que se habían beneficiado de la situación creada a partir de 1808 - funcionarios, financieros, comerciantes extranjeros, ingleses sobre todo. De otro lado, también en el centro-sur había firmes partidarios de las Cortes. En general, la opinión liberal moderadamente radical se decantaba más del lado de las Cortes, ya que la trayectoria de éstas mostraba una faz más liberal que el grupo aristocrático que se agrupaba alrededor del Príncipe Regente. También apoyaban la permanencia en Portugal los miembros del “*partido português*”, formado por antiguos comerciantes ligados al viejo monopolio, militares de la guarnición, muy politizados a favor de la naciente constitución y portugueses recientemente llegados de clases bajas que temían ser marginados por la posible separación. Junto a ellos, iba creciendo una opinión mucho más radical, de tinte liberal-republicano entre las clases medias urbanas –pequeños comerciantes, profesionales, periodistas e incluso religiosos politizados- y algunos grupos de propietarios rurales del nordeste que amenazaban con reeditar la revolución pernambucana de 1817, cuyos líderes habían sido puestos en libertad por la revolución y en muchos casos habían ocupado las Juntas provinciales.

El grupo brasileñista comenzó a difundir una activa e inteligente propaganda contra las Cortes, primero contra lo que consideraban subrepresentación de Brasil, lo que era cierto - de 181 escaños, solo 72 estaban destinados a ser ocupados por diputados ultramarinos- pero en mucha menor escala que en el caso de Cádiz, ya que en este caso el volumen de población de Brasil era algo menor que el del reino



metropolitano, al que había que unir las posesiones africanas, asiáticas y las islas atlánticas⁶.

A medida que avanzaba la configuración constitucional en la que no se contemplaba la existencia de estructuras de gobierno para Brasil como conjunto, continuaron con la campaña –que es la que ha quedado después consagrada en la historiografía- en torno a lo que llamaron “recolonización” o “vuelta a la situación colonial” –“reduzir o Brasil a colonia”, en palabras de los contemporáneos-. El programa del grupo aparece explícito en las instrucciones que llevaron los diputados de Sao Paulo que se incorporaron a las Cortes de Lisboa, dominados por la familia Andrada, uno de cuyos miembros, José Bonifacio, sería el primer ministro de la independencia.

Cuando, en la lógica de la construcción de una sola nación, desde Lisboa se dieron órdenes para el regreso a Portugal del Príncipe Regente, el grupo brasileñista –que no había manifestado hasta entonces deseo de independencia-, comenzó a avanzar hacia una situación de hecho de ruptura con Portugal. En el grupo, que se articuló en torno al Regente, se agruparon tanto conservadores reformistas –José Bonifacio podía ser considerado un buen representante- como conservadores-conservadores, partidarios de mantener la organización social sin cambios, aunque se le diera un toque superficialmente liberal. El temor de las elites a la agitación popular –estaba siempre presente el caso de Haití y la “anarquía” en los vecinos territorios hispánicos- y al crecimiento del grupo republicano, que podía desembocar en acontecimientos como los vividos en Pernambuco, las llevó a olvidarse de las diferencias en sus objetivos y a aliarse en torno al Príncipe y al orden monárquico, quien decidió desobedecer a las Cortes y quedarse en Brasil. Ruptura y alianza desembocaron el 7 de septiembre de 1822 en la proclamación de la Independencia del país en forma de Imperio unido, con un gobierno formalmente liberal, pero conservando la vigencia de la esclavitud, uno de los objetivos centrales de las elites. A la

⁶ En 1800 se calcula que vivían en Brasil 2 millones 198 mil y en el territorio metropolitano 3 millones, mientras que en 1822 se calcula que en Brasil había 3 millones 150 mil y en la metrópoli seguían viviendo los mismos 3 millones.



toma de posición de éstas contribuyó también el proyecto de las Cortes que creaba un nuevo espacio económico integrado en el conjunto del mundo portugués, otra consecuencia lógica de la concepción unitaria de la nación portuguesa, y que, mediante la anulación del tratado con Inglaterra de 1808, rompía la conexión inglesa que había hecho la fortuna de aquellos productores y comerciantes, bien que a costa de condenar al espacio luso a la absoluta carencia de un sector secundario transformador. Pero además, las Cortes eran cada vez más el espacio donde se aprobaban propuestas consideradas por ese grupo demasiado radicales y en las que incluso, tímidamente, algún diputado hizo asomar la discusión sobre la esclavitud...

Brasil por tanto accedía a la independencia con un sistema monárquico-imperial, unitario y con la esclavitud intacta. La falta de capacidad militar de Portugal para reaccionar a la declaración, el decisivo padrinazgo de Inglaterra, y el cambio de situación política en la metrópoli –que volvió en 1823 al Antiguo Régimen- impidieron que se diera en Brasil la lucha que caracterizó a la emancipación de las colonias españolas. No quiere eso decir que la independencia fuera tan pacífica como quiere hacerla aparecer la historiografía tradicional.

La construcción legal del nuevo Brasil independiente tuvo que conjugar la ruptura que suponía la independencia con el mantenimiento de la monarquía Bragança. Comenzó con una Asamblea Constituyente, foro donde se reunieron los reformistas con los conservadores, pero con absoluta exclusión de los radicales. Prácticamente desde el primer momento las tensiones fueron constantes entre la Asamblea –en la que había predominio de los reformistas- y el Emperador y su entorno, dominados por el conservadurismo. Las disputas se produjeron sobre todo en relación con el papel del Emperador en la construcción del nuevo Estado. ¿La autoridad imperial era anterior a la constitución o era derivada de ella?. La soberanía, ¿sería una e indivisible y atribuida a la nación, como se afirmaba en las Cortes portuguesas o debía ser compartida con el Emperador?. ...



Aunque se discutió en torno a posibles opciones de organización territorial, la fórmula unitaria y centralista fue aceptada de forma mayoritaria frente a algunas propuestas de carácter federal. Las provincias se gobernarían por jefes directamente nombrados por el Emperador, lo que suponía un paso atrás con respecto a las juntas existentes en la legislación de la revolución portuguesa. El voto sería censitario con una clara distinción entre derechos civiles y derechos políticos muy restrictivos para alcanzar la condición de elector y aun más para la de elegible. El poder legislativo cabía conjuntamente al Emperador y al Parlamento bicameral, con un senado en cuya elección el Emperador tenía un poder decisivo. Por supuesto, la esclavitud no fue objeto del más mínimo cuestionamiento, aun cuando José Bonifacio presentara un proyecto para abolirla en un plazo de cinco años.

A pesar del carácter tan moderado de las propuestas de la asamblea, tras seis meses de funcionamiento, en noviembre de 1823, el Emperador daba un golpe de estado, cerraba la Asamblea y encarcelaba a los miembros más destacados del grupo reformista. El proyecto constitucional que estaba siendo discutido fue sustituido por una Carta otorgada por el propio Emperador, que permanecería vigente hasta la proclamación de la República. La Carta de 1824, que debía mucho a las tesis moderadas de Benjamín Constant y a la carta francesa de 1814, reforzaba extraordinariamente el poder del emperador mediante la introducción, junto a los 3 poderes clásicos, de un cuarto poder, el *poder moderador* además de conceder al monarca la capacidad de cerrar la Asamblea y suspender a los jueces. Es decir, se dinamitaba de hecho la separación de poderes.

La monarquía quedó tras el golpe en manos del grupo más ultraconservador del espectro político –los grandes señores esclavistas, según el historiador Fernando Novais-, excluidos y perseguidos reformistas, liberales radicales y, por supuesto, republicanos federalistas, y además con la constante amenaza de las tendencias absolutistas del Emperador y de la vuelta a la unión con Portugal en el momento en que se produjera la sucesión en el trono lusitano en la persona de D. Pedro, que unía a su condición de Emperador del Brasil la de heredero de Portugal. La



legislación colonial se mantuvo sustancialmente vigente y el pacto comercial con Gran Bretaña, muy favorable para los grandes propietarios esclavistas exportadores, siguió vigente y reforzado con nuevos convenios.

Inmediatamente surgieron protestas, de las que las más graves fueron la sublevación de la Provincia Cisplatina en el sur, que acabó complicándose en una guerra con la Confederación Argentina y la denominada “*Confederación del Ecuador*” un potente levantamiento en el norte y nordeste, expresión del rechazo en esas regiones al proyecto unitario y centralista del sur. En realidad, el triunfo del proyecto monárquico-esclavista-centralizador, solo puede considerarse logrado a partir de fines de la década de 1840. Hasta entonces se vio obligado a sofocar resistencias múltiples:

- desde los poco estructurados, pero frecuentes: motines, quilombos y levantamientos de esclavos, consecuencia de la profunda violencia inherente a una sociedad esclavista; levantamientos múltiples de hombres blancos libres pobres, etc.

- hasta revoluciones en toda regla, expresión de la oposición al progresivo cierre del sistema después del golpe de 1824: la primera, la *Confederación del Ecuador*, que fue un movimiento *republicano, abolicionista, urbano y popular* que estalló como reacción al cierre de la Asamblea Constituyente de Rio y como protesta contra la escasa autonomía de las provincias y la enorme cantidad de poder que se concentró en manos del Emperador Pedro I con la constitución de marzo de 1824. A ello siguieron otras revoluciones de gran envergadura, todas ellas en las provincias del norte –la *Revolta dos Malês* y la *Sabinada*, en Bahia, la *Balaçada* en Maranhao y la *Cabanagem*, en Pará- y la revolución republicana y separatista de Río Grande do Sul, la denominada “*farroupilha*”. Solo la derrota y represión de todas ellas, muy sangrienta y costosa, acarrió la consolidación del orden monárquico-imperial.



-Por último, el levantamiento en Rio en 1831 exigiendo la abdicación del Emperador, que acabó con su renuncia y sustitución por una regencia. Hay historiadores que consideran que es esa la verdadera fecha de la independencia nacional. En cualquier caso fue un momento importante en la apertura del proceso de consolidación del Estado nacional unitario que caracterizó al Brasil imperial.

La visión tradicional de la independencia se estableció a mediados del siglo XIX y se vio cruzada por la exaltación del sistema imperial. Desde el mismo momento de la independencia, la propaganda monárquica se esforzó en contraponer independencia de Brasil frente a independencia de los países hispánicos. Frente a la violencia en éstos, la pacífica transición en aquel; frente al largo proceso hispano, la rapidez del tránsito luso; la unidad del territorio en Brasil al lado de la disgregación en 20 repúblicas en el lado hispano. Frente a las luchas civiles postindependencia, la tranquilidad y el consenso interno. La independencia había sido solo un asunto entre las elites de Portugal y Brasil. . Esta interpretación canónica ha perdurado casi hasta ahora.

En los últimos años, esta visión ha sufrido una profunda revisión. La unidad llegó solo muy tarde. Las regiones del norte y del extremo sur lucharon denodadamente contra el sistema controlado por la alianza de las elites cariocas, paulistas y mineiras y estuvieron muchas veces cerca de conseguir sus objetivos separatistas. La profundización en los estudios regionales ha puesto en primer plano la continua subversión del orden establecido que se producía por medio de levantamientos, motines, quilombos, etc. y la fuerte participación popular en ellos. En muchas zonas del país, el proyecto imperial solo se impuso, y tarde, a sangre y fuego.

Cuando el año pasado las autoridades de Río llamaron a las celebraciones de los 200 años de la conversión de Río en corte real, la respuesta del más importante de los historiadores del nordeste, Evaldo



Cabral de Melo fue bien significativa. Afirmaba Cabral que de la instalación de la monarquía en Brasil, el nordeste no tenía nada que celebrar. La conmemoración era algo que quedaba para la gente del sur.

Mucho va cambiando en la visión de la independencia con nuevos estudios, algunos de los cuales se abordan por primera vez desde la perspectiva regional. Investigaciones hechas en Maranhao, en Pará o en Pernambuco con puntos de vista no tan estrictamente del centro sur como las anteriores o que incluyen a actores hasta ahora marginados: negros, mujeres o indios, están contribuyendo a ofrecernos una visión muy alejada de la tradicional. El proceso de independencia ni fue tan corto –no se limitó a unos meses de 1822-23, hoy tiende a alargarse al menos hasta 1831, si no hasta la década de los 40-, ni tan pacífico – frente a los que afirmaban que la separación había sido un arreglo amistoso entre élites, José Honorio Rodrigues defendía que la larga independencia y subsiguiente construcción del estado habían movilizado más contingentes militares que todo el proceso de emancipación de los países hispánicos- ni, tras la profundización de los estudios a que arriba aludimos, tan limitado a la acción de unas estrechas elites blancas y masculinas. Por último, si triunfó al final la unidad frente a la disgregación, ello solo sucedió tras más de dos décadas de tensiones separatistas.

Y no me resisto a terminar con Brasil refiriéndome a una interpretación muy provocativa de la independencia, la expuesta por **Kenneth Maxwell**, un brasileñista norteamericano: afirmaba Maxwell que desde 1808, Brasil era efectivamente independiente como cabeza de un gran imperio. Y que 1822 fue en realidad la fecha de la independencia, no de Brasil frente a Portugal, sino de Portugal respecto a Brasil.



Y URUGUAY, EL PAÍS HISPÁNICO QUE OBTUVO SU INDEPENDENCIA DE BRASIL.

Antecedentes

El territorio que hasta la independencia recibió corrientemente la denominación de “*Banda Oriental*” era a comienzos del siglo XIX uno de los últimos en los que el Imperio español había realizado su ocupación efectiva. Situado en la orilla este del Río de la Plata, frente a Buenos Aires, fueron los portugueses los primeros en poner pie en él, fundando, con una clara vocación de ocupantes, la ciudad de Colonia de Sacramento en 1680. La presencia de los españoles fue una reacción frente a la de los portugueses y se materializó con la fundación de Montevideo entre 1723 y 1730. A partir de ese momento, la historia de la Banda fue la de un continuo forcejeo entre los dos vecinos peninsulares por su posesión. Unos y otros reclamaban que el territorio le era asignado por el Tratado de Tordesillas y a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII la historia se resumió en una continua presión bélica y sucesivas conquistas de la ciudad de la Colonia por parte hispana y devoluciones a Portugal obligadas por los tratados que daban fin a aquellos asaltos⁷. Al fin, la Colonia pasó definitivamente a soberanía española, pero la Banda siguió siendo objeto de deseo constante de la corona portuguesa y sus fronteras escenario de conflicto en cada uno de los numerosos choques bélicos que hasta 1810 enfrentaron a los vecinos peninsulares en la única frontera colonizada que compartían en América.

La Banda solo fue poblándose de forma significativa en las últimas décadas del siglo XVIII y en la primera del XIX con gentes llegadas

⁷ En torno a Colonia se luchó en varias guerras y la plaza fue objeto de cambio de manos en ellas y en los posteriores tratados: provisional de Lisboa de 1681, de Utrecht de 1715, de Madrid de 1750, de París de 1763 y de San Ildefonso de 1777.



directamente de la Península –catalanes, vascos y gallegos- que se establecieron en su mayoría en la ciudad de Montevideo, mientras que el campo se colonizaba, con una densidad muy débil, con gentes procedentes de las regiones vecinas que se mestizaban con los indígenas preexistentes. A la altura del estallido de los acontecimientos de 1810, la situación era muy significativa: una ciudad que albergaba –como seguiría sucediendo a partir de entonces hasta ahora- la gran mayoría de la población y ésta, en una proporción abrumadoramente mayoritaria, española nacida en la Península y, consiguientemente, de sentimientos profundamente prohispanos, frente a un campo de gentes sin tierra, empobrecidos y con una relación difícil con las gentes de la ciudad.

Esta especial relación de la población mayoritaria de la Banda con la metrópoli tuvo un claro reflejo en su postura ante los acontecimientos que se desarrollaron a partir del conocimiento de los eventos acaecidos en la España peninsular tras la intervención de Bonaparte.

La primera ruptura de la continuidad legal de la presencia española en el Río de la Plata se produce en 1807. Ese año, tras un asalto a la ciudad de Buenos Aires, fracasado por la reacción conjunta de la propia ciudad y de las milicias enviadas desde Montevideo, una armada británica se lanzó al asalto de la ciudad, la conquistó y la ocupó el 3 de febrero, permaneciendo la ciudad en manos inglesas más de siete meses, hasta septiembre del mismo año. Paralelamente, durante el tiempo de la ocupación, en Buenos Aires –a cuyo virreinato pertenecía la Banda Oriental- se produce la deposición del virrey Sobremonte mediante la actuación conjunta de la Audiencia y gentes de la población bonaerense. Y una vez expulsados los ingleses, ante la renuncia calculada del gobernador de Montevideo, Xavier de Elío, los habitantes montevidianos se dirigen al nuevo virrey rioplatense, Santiago Liniers exigiendo que no se acepte su dimisión. Empezaba así el proceso más largo, complejo, atípico –en el sentido de apartarse de las pautas más comunes de los procesos de los demás territorios- de



todas las independencias americanas, que en este caso se prolongaría hasta 1830.

Todo ello conforma por una parte un escenario de ruptura de la institucionalidad y al mismo tiempo de insólita participación popular que se anticipa en dos años a los acontecimientos que irán surgiendo por toda América como reflejo de la gran ruptura que se acababa de producir en la Metrópoli. Inmediatamente después de llegar la Corte portuguesa a Río –en abril de 1808-, encargó a un enviado suyo que se trasladase al Río de la Plata. Este, tras su paso por Buenos Aires se dirigió a la Banda Oriental, dónde en entrevista con Elío le hizo llegar un mensaje de Joao VI: ante la desesperada situación de España, invadida por Bonaparte, ausentes Carlos IV y su hijo Fernando, él mismo, como heredero del trono por estar casado con una hija de Carlos, Carlota Joaquina, ante la inminente posibilidad de caída de los dominios ultramarinos en manos de Francia, pedía que los territorios al norte del Plata quedaran bajo su protección para ser devueltos a su debido tiempo al rey Fernando. Aunque su iniciativa no fue atendida, sería ésta la primera de las muchas que después se producirían para incorporar el territorio platense al de los dominios de Portugal.

En el marco de un fuerte enfrentamiento entre el virrey, Liniers y el gobernador de Montevideo Elío en septiembre de 1808, éste es destituido por aquél, pero el vecindario montevidiano, que se convierte en actor principal, se opone a la toma de posesión del sucesor nombrado por el virrey y ratifica a Elío, agrupándose en un Cabildo abierto que decide constituir una Junta “*como las de España*”, subordinada a la Junta de Sevilla y más tarde a la Central metropolitana. Es por tanto la ciudad oriental una auténtica adelantada en la constitución de un organismo que más tarde proliferaría por todo el continente. Ante requerimientos de disolución por parte de la Audiencia bonaerense, que consideró la instalación de la Junta “*resultado de conmoción popular*”, “*abusiva*”, “*medio*



escandaloso y opuesto a nuestra constitución”⁸la Junta hace oídos sordos, disolviéndose sin embargo sin la menor resistencia en julio de 1809, cuando llegan órdenes en ese sentido desde la metrópoli, llevadas por el nuevo virrey, Hidalgo de Cisneros.

A partir del momento en que se constituye Junta en Buenos Aires y manifiesta su oposición al reconocimiento del Consejo de Regencia metropolitano, los acontecimientos en Montevideo seguirán un sentido opuesto al de la capital virreinal, una circunstancia que ha sido muy aprovechada por la mayoritaria historiografía nacionalista para fundamentar en ese hiato uno de los pilares de la nacionalidad. El primero de Junio de 1810, se reunía Cabildo Abierto en la ciudad oriental que decidía reconocer y acatar al Consejo de Regencia. Inmediatamente, un enviado llegado de Buenos Aires solicitaba la adhesión de Montevideo a la Junta allí existente y el envío de representantes, a lo que una nueva reunión del Cabildo responde que habiendo jurado fidelidad al Consejo de Regencia no había lugar para hacerlo por la Junta de Mayo bonaerense.

Simultáneamente, al Cabildo montevideano llega la oferta de la Princesa Regente de Portugal, Carlota Joaquina, a través de un enviado suyo que manifiesta el ofrecimiento de ésta para trasladarse al Río de la Plata y allí *“calmar por su presencia los alborotos que desgraciadamente se han manifestado en la Provincia de Buenos Ayres”* y asumir in situ la Regencia en nombre de su hermano Fernando. Ya en el mismo año 1808, el Príncipe Regente Don Joao había, a través del propio antes citado, enviado a Montevideo y Buenos Aires, hecho notar a las autoridades de ambas ciudades que poseía derechos sobre el territorio oriental. Ahora lo hacía su

⁸ La Audiencia bonaerense bien adivinaba el peligro que se cernía sobre el orden establecido si se abría la puerta de la creación de Juntas: *“El procedimiento de Montevideo, efecto sin duda de un desgraciado momento de efervescencia popular suscitada por algunos díscolos, que no dejó á su Gobernador y Cabildo toda la reflexión de que son susceptibles, podía ocasionar la ruina de estas Provincias, la absoluta subversión de nuestro Gobierno, el trastorno de su sabia Constitución, é imponer una mancha sobre aquel Pueblo que tiene acreditada su noble fidelidad; y sin embargo que los Fiscales no dudan que apagado el acaloramiento involuntario que ocasionó aquel mal, los mismos vecinos mirarán con horror un acontecimiento que indudablemente los conducía al precipicio”,* e indica al gobernador *“Que prevenga al Cabildo se abstenga en lo sucesivo de celebrar ninguno abierto ni invertir el orden establecido con sus resoluciones y capitulares.”*



esposa, prevaleciendo de su carácter de heredera en ausencia de su padre y su hermano, pero detrás se ocultaba también la voluntad de su marido de mantener siempre viva la llama de su reivindicación sobre la orilla norte del Río de la Plata. Las sucesivas ofensivas bragantinas hicieron aparecer en la capital virreinal un grupo de carlotistas partidarios de crear en el virreinato platino una monarquía independiente coronando a la princesa Carlota. La orden terminante del Consejo de Regencia al Cabildo de Montevideo para que no diera audiencia alguna a las pretensiones de la princesa –enero de 1811-, las desavenencias entre la real pareja portuguesa y la acción de Inglaterra, que no era favorable a la operación privaron de toda fuerza a ésta.

Simultáneamente, llega a Montevideo –el 12 de enero de 1811-, ahora como virrey del Río de la Plata el antiguo gobernador Francisco Xavier de Elío. De forma inmediata requirió su reconocimiento como tal por la Junta de Buenos Aires, que se negó a ello. Inmediatamente –el 13 de febrero-, el virrey declaró la guerra al “gobierno rebelde y revolucionario de Buenos Aires” y comenzó un bloqueo al puerto de la capital virreinal. De forma paralela, el Cabildo montevidiano enviaba un diputado a las Cortes de Cádiz –el presbítero Rafael de Zufriategui-, con lo que se convirtió en el único representante electo en el Río de la Plata⁹.

Mientras Montevideo se iba perfilando como el centro de la lealtad hispana en el Río de la Plata, movimientos todavía de muy escasa relevancia iban perfilándose en el campo: grupos reducidos de criollos lanzan en febrero el denominado “*grito de Asencio*” de adhesión a la Junta de Buenos Aires y reúnen una partida que ocupa sucesivamente varios núcleos de población –Mercedes, San José...-. Simultáneamente tiene lugar un hecho de gran importancia en el futuro: el paso a las filas de Buenos Aires de un militar muy conocido y prestigiado en la campaña: José Gervasio de Artigas (febrero de 1811). A partir de abril, los insurrectos reciben ya el auxilio de

⁹ La elección de Zufriategui se hizo por los miembros del Cabildo. El 12 de agosto de 1811, el diputado montevidiano pronunció un discurso en las cortes gaditanas pintando –según él el primero que lo hacía- con tintes muy negros la situación en el Río de la Plata. Solicitaba el envío de hombres, armas y la concesión de una intendencia a Montevideo.



tropas de Buenos Aires y el levantamiento adquiere un auge hasta entonces desconocido, de forma que, tras la ocupación de Minas, San Carlos, Maldonado y Rocha, prácticamente todo el campo estaba en manos de la insurgencia y llegaba a esta el momento de plantearse el asedio de la capital, hecho que se formalizó en mayo de 1811 y que, junto a Colonia, eran a esa altura ya los últimos reductos de dominio de los leales.

Los campos quedaban así delimitados. De un lado, una parte mayoritaria del campo: estancieros productores de cueros descontentos con las trabas que les imponían las leyes españolas a la exportación –salvo si se trataba de hacendados de origen europeo, perseguidos por Artigas, que los consideraba enemigos y que para escapar a la represión emigraban a la ciudad- y que, a través de las relaciones verticales características del mundo rural, arrastraban un número considerable de relacionados, curas criollos y peones campesinos cuya situación era de miseria lacerante. Las relaciones establecidas por Artigas en la campaña, convertido en un auténtico ídolo allí en los tiempos de su actuación al frente de los blandengues –un cuerpo encargado de reprimir el comercio ilícito- o en los que sirvió de auxiliar a Félix de Azara en la delimitación de fronteras y “arreglo de los campos”, facilitó la incorporación de grupos de hombres sueltos, mestizos, pardos e indios. Sin embargo, la visión de absoluta unanimidad a favor del levantamiento del campo oriental proporcionada por la historiografía nacionalista uruguaya no responde a la realidad. Las fuentes montevidéanas del tiempo del sitio aluden constantemente al hecho de que la población de la ciudad se había más que duplicado con refugiados originarios precisamente de la campaña.

Y del otro, la ciudad. Las fuentes que relatan los años del asedio hablan de una fuerte cohesión de los habitantes de la urbe-puerto, convertida por las circunstancias en capital virreinal, en torno a la lealtad al gobierno de la Regencia peninsular, manifestada en la aportación de contribuciones económicas asombrosas, en la formación de batallones de voluntarios – como el de comerciantes- o en la práctica de sacrificios sin cuento. Cuando Elío decidió limpiar la retaguardia expulsando a los considerados afectos a la rebelión, solo un pequeño puñado de personas, además de una parte de



la congregación franciscana, se vio obligado a cruzar las murallas. Las razones de tal preferencia no son difíciles de entender: la población montevideana era de muy reciente formación y en su mayoría era o nacida directamente en España o americana de primera generación, con lo que la lealtad a sus raíces era mucho mayor que en otras partes del virreinato. Pero, además, la Corona había favorecido de forma notable a la ciudad, convirtiéndola en sede de varias instituciones militares y en la más importante base naval del Atlántico sur y concediéndole algunos sustanciosos monopolios, como el del tránsito de negros para toda la América del sur. Y, por si fuera poco, los años posteriores a los decretos de libertad de comercio habían sido tiempo de prosperidad en la ciudad-puerto.

Montevideo se convirtió así en un verdadero bastión de la lealtad, no solo resistiendo a los asaltos de los insurrectos, sino también sirviendo de centro de inteligencia, de propaganda contrainsurgente, haciendo uso de la donación por parte de la princesa de Brasil de una imprenta que se utilizó para publicar, además de numerosos panfletos propagandísticos, la *Gazeta de Montevideo*, una publicación nacida para contrarrestar la propaganda bonaerense plasmada en la *Gazeta de Buenos Aires* y difundir la visión de los leales. Igualmente, Montevideo fue el lugar de acogida y tránsito de realistas huidos de todas partes de Sudamérica.

La difícil situación del poder español en la Banda Oriental suministró el pretexto a la Corte de Río para pasar de una actitud de apoyo logístico al virrey a una de intervención directa. El gobierno juanino, a petición del virrey Elío, envió una fuerza de intervención que cruzó la frontera y fue paulatinamente ocupando el territorio oriental. Ante la presión de cinco mil soldados lusitanos bien pertrechados, unidos a las fuerzas leales de Montevideo, las de Buenos Aires decidieron pedir un armisticio. El acuerdo que al final se firmó entre el virrey y la Junta bonaerense incluía la retirada de los portugueses y los bonaerenses de la Banda Oriental y el levantamiento por Elío del bloqueo a Buenos Aires. Todo ello apoyado en mayo de 1812 por un amistio entre la corte de Río y el gobierno de las Provincias Unidas que solemnizaba la paz entre ambas.



Fue en ese momento cuando Artigas y sus seguidores plantearon por primera vez la disidencia respecto a Buenos Aires. Su planteamiento era proseguir la lucha, aun en la abismal desproporción de fuerzas en que quedarían tras la ausencia de los porteños. Patentizaba ya Artigas lo que sería después una constante en el resto su vida política: la absoluta incapacidad para el pragmatismo, la transacción y la negociación. La disidencia irá a partir de entonces profundizándose, agravada por cuestiones de celos personales en relación con el mando y tiñéndose de matices ideológicos, agrupándose en torno a él el grupo “federalista” frente al unitario, mayoritariamente bonaerense capitalino. Aquella primera disidencia se manifestó en la retirada por separado de las fuerzas de la Junta y las artiguistas. Estas últimas por su cuenta tomaron, al mando de Artigas munido del título de “Jefe de los Orientales”, rumbo norte y cruzaron el río Uruguay para instalarse en territorio de Entreríos. A las tropas se unieron de forma más o menos voluntaria, grupos de campesinos en un número que, según el censo que se levantó, ascendió a unos cuatro mil. Esta emigración ha sido muy glorificada por la historiografía nacionalista que la ha denominado con evidente exageración “éxodo del pueblo oriental” y ha colocado en ella sin razón alguna otro de los pilares de la nacionalidad.

Meses más tarde, un nuevo y definitivo sitio se cierra en torno a Montevideo. Las peripecias del asedio corren paralelas a la profundización de las disidencias entre Buenos Aires y Artigas, éste último aliado ahora a las provincias litorales del antiguo territorio virreinal en torno a un programa federal. A comienzos de 1814, las desavenencias acabaron en abierta guerra civil, una larga lucha que solo terminaría en 1820, cuando Artigas sufrió la derrota final a manos de los portugueses.

En el marco de esa guerra civil, Artigas y sus seguidores se retiraron del asedio de Montevideo y dejaron como únicos sitiadores a los porteños, con lo que, cuando el poder español llegó al punto de la asfixia y capituló, en junio de 1814, la ciudad cayó en poder de la Junta de Buenos Aires, con exclusión absoluta de cualquier participación artiguista.

El tiempo de “la Patria”, 1814-1817

La autoridad bonaerense controló la ciudad y su término hasta febrero de 1815 con la colaboración de una parte de la elite artiguista, fundamentalmente hacendados, que habían roto con el caudillo y que constituirán después uno de los flancos de los dirigentes locales en el tiempo de Portugal y Brasil. En cuanto a la población montevidéana, la autoridad porteña se dedicó con denuedo a hostigar a



los considerados partidarios de la situación anterior –que era la mayoría- a través de una doble acción persecutoria: económica y política. Muchos de los miembros de la anterior comunidad comerciante emigraron, otros se adaptaron a la situación, pero de éstos una parte acabó también por emprender después el camino del exilio, lo que supondrá un golpe importante a la economía de la ciudad. Los que se quedaron mantendrán una actitud de pasividad y de criptolealtad a España que durará hasta que se convenzan, años más tarde, de la imposibilidad de una expedición reconquistadora peninsular y se adhieran sin entusiasmo al poder de Portugal. Si bien la persecución política fue mucho mayor en el periodo artiguista, la extorsión económica fue más significativa en la bonaerense. La presión impositiva cayó como un nublado sobre una población que había sido enormemente castigada por los tres años anteriores de guerra.

La administración bonaerense tomó además algunas medidas contrarias a los intereses montevidEOS: la supresión del Consulado de Comercio, vieja aspiración de la ciudad oriental y concesión de las últimas autoridades españolas, la sustitución de autoridades de origen local por otras enviadas desde Buenos Aires, el nombramiento de un nuevo Cabildo por designación y sin que interviniera un proceso de elección, rompiendo así una tradición que arrancaba desde la fundación, la imposición de una contribución desmesurada que pesó como una losa sobre la depauperadísima economía postasedio, o el traslado de algunos bienes públicos a la capital virreinal, como la imprenta enviada por la princesa Carlota para la edición de la *Gazeta de Montevideo*. .

La hostilidad de Artigas a los bonaerenses en la campaña continuó y en enero de 1815 un nuevo asedio, esta vez artiguista, se cerraba sobre la capital. El desgaste de los porteños culminó con la capitulación de la ciudad, la entrada en ella de las tropas del caudillo y el nuevo cambio en la administración el 26 de febrero de 1815. Un mes después fue nombrado gobernador y elegido, ahora sí, un nuevo Cabildo. Pero ahora la Banda Oriental se integraba en un sistema nuevo, formando junto a las provincias litorales de Santa Fe y Entreríos una alianza de tipo confederal liderada por Artigas, pero con unos lazos etéreos muy mal definidos entre ellas. Y el planteamiento político, que en Buenos Aires aun conservaba algunos restos de fidelidad retórica a Fernando VII, es aquí ya abiertamente independentista y republicano.

La alianza, bajo el nombre de “Liga Federal” y ampliada con la inclusión de Misiones, Corrientes y Córdoba, se colocará bajo la protección de Artigas –“Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres”-, si bien el papel de éste en el ámbito político no posee un estatus definido. Y la lucha con Buenos Aires continuó.



En ese mismo mes de febrero, el gobernador militar artiguista –que sustituyó en los primeros momentos al civil nombrado en el primer momento y acentuó rápida y progresivamente los rasgos duros y represivos del sistema- convocó a “los pueblos” de la Banda para que en los primeros días del mes siguiente eligiesen diputados a una Asamblea Provincial a realizar en Montevideo, “quienes deben elegir un gobierno que domine toda la Provincia”. La Asamblea nunca llegó a celebrarse, lo mismo que otras posteriormente proyectadas –salvo la del Arroyo de la China, de magros resultados- y el territorio se gobernó por la yuxtaposición de la autoridad del Cabildo –que asumió la autoridad para todo el territorio al sur del Río Negro- y el gobernador designado, con la continua recepción de órdenes de obligado cumplimiento procedentes de Artigas, ausente en la lucha contra la capital en una especie de campamento militar-campo de concentración ubicado cerca del río Uruguay, Purificación. Aquel actuó como una especie de dictador que concentraba los poderes políticos, económicos, administrativos y judiciales por encima de las autoridades ubicadas en la ciudad.

El disgusto de la población montevidéana con Artigas, producido por la desmesura de algunas de sus medidas represivas contra los considerados sospechosos se materializó en un motín en el que el Cabildo jugó un papel de primera línea y en la destitución de su delegado, Fernando Otorgués. Su sustituto, Miguel Barreiro, entró también en conflicto con el Cabildo y fue destituido por éste junto con otros destacados artiguistas. Aunque la máxima institución ciudadana rectificó la decisión, en esta situación de conflicto latente se produjo la llegada de las tropas lusitanas a las puertas de la capital oriental.

No era solo en Montevideo dónde se producían resistencias a las urgencias represoras de Artigas. En muchos otros lugares también las autoridades locales oponían excusas e impedimentos para no cumplir las órdenes del caudillo. El caso de Maldonado fue significativo. Se instaló allí también una Junta de Vigilancia para celar la actuación de los vecinos, pero se encontró con grandes dificultades por la gran “escasez de sujetos de confianza”.



La historiografía uruguaya, mayoritariamente nacionalista, ha construido un relato en torno al artiguismo, a su ideología y a su práctica política durante el tiempo –corto- que tuvo ocasión de gobernar empedrado de deformaciones, mitificaciones y hagiografía que se corresponden mal con la realidad de los hechos

En cuanto a la práctica de gobierno, el tiempo de Artigas se caracterizó por la continuada promesa de institucionalización de un gobierno que nunca se llegó a concretar, por la continua apelación a la voluntad popular que luego quedaba en nada y por la toma de algunas decisiones a las que la historiografía nacionalista uruguaya ha concedido un importante relieve. En realidad por debajo de la retórica de la soberanía popular, los poderes del caudillo se sustentaban en vínculos y adhesiones personales, también en una relación de “toma y daca” con los individuos y grupos que aceptaban su liderazgo. Puente entre grupos sociales heterogéneos y regiones dispares, luchaba por obtener una correlación de fuerzas favorable para afirmar el denominado “sistema de los pueblos libres.”

Esa libertad de los pueblos era la base de la organización artiguista. Pero el concepto “pueblo” resultaba confuso en el pensamiento artiguista, tanto como la determinación de los lazos que los unirían entre sí. En las instrucciones para la convocatoria de un congreso enviadas a Santa Fe se decía: “que el gobierno de Buenos Aires en ningún tiempo exigirá otro sistema, sino es el de la *libertad de los pueblos, que deben gobernarse por sí, divididos en provincias*”. Pero en otras ocasiones –incluso tres líneas más adelante, dónde se decía “reconocida la soberanía *del pueblo de Santa Fe*”- se refería a ámbitos mayores al provincial, cuyos límites eran imprecisos, amen de que tampoco quedaba claro cuál era la posibilidad o no de cualquiera de esos pueblos para entrar o no a formar parte de una determinada provincia. A continuación determinaba que una de esas provincias debía ser la de Santa Fé “comprensiva el territorio de su jurisdicción, en la forma que está al presente con absoluta independencia de la que fue su Capital [Buenos Aires]”. Mientras que hay textos en los que los pueblos son las agrupaciones de habitantes gobernadas por un cabildo, con lo que el territorio oriental, por ejemplo, estaría formado por varios pueblos.



En opinión de una de las mayores autoridades en Artigas y el periodo de la independencia en Uruguay, la profesora Ana Frega, la “Liga Federal” –la estructura proyectada para unir a los pueblos libres- no parece haber implicado más que alianzas coyunturales atadas por el “Protector” – Artigas-, un sistema de pactos inestable, cambiante e impreciso entre los pueblos o entre éstos y el caudillo. Pero en cualquier caso, tamaña imprecisión propició por un lado la tormentosa relación entre el caudillo y el cabildo de Montevideo por un lado y por otro fue la razón que suscitó conflictos entre las comunidades locales importantes, quienes recurrieron a ese principio para fundamentar sus pretensiones jurisdiccionales sobre pueblos menores. La soberanía de los pueblos no se refería al pueblo como conjunto de individuos en el sentido que ahora entendemos, sino al concepto geográfico de pueblo y tiene mucho que ver con un ancestral apego hispánico por lo colectivo frente al triunfo moderno, liberal e ilustrado del individualismo, una tradición que estuvo también un poco más tarde en la Península en la reacción carlista frente al avance liberal, un movimiento éste también rural, foralista, partidario del colectivismo agrario. De hecho, las raíces del pensamiento artiguista se han vinculado a una fusión de elementos tradicionales españoles con un federalismo norteamericano un tanto rudimentario. Aunque revestida de confusas resonancias washingtonianas, probablemente proporcionadas por los compañeros y secretarios Monterroso y Barreiro, mucho más instruidos que el caudillo, el federalismo –o confederalismo- artiguista hundía sus raíces más en el particularismo localista hispano, que prendía con facilidad en los territorios alejados de la capital, cuyas élites tenían intereses divergentes de los de aquella y temían que el centralismo disminuyera la expectativa de poder que en ellos se había generado. Pero el juicio sobre el artiguismo no puede obviar confrontar declaraciones y puntos programáticos con prácticas concretas que tantas veces contradecían a aquellos. Si en uno de sus primeros discursos, la Oración inaugural del Congreso de abril de 1813, celebrado en las afueras de Montevideo, afirmaba ante los delegados: *“Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos: ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también todo el premio de mi afán. Ahora en vosotros está el*



conservarlo”, las prácticas autoritarias que ejerció durante el tiempo en que dominó sin interferencias sobre el territorio –1815 y 1816- o las dificultades que manifestó para comprender los mecanismos de representación, contradijeron frecuentemente los principios.

La base social del artiguismo estuvo en un principio en el campo, tanto en los desheredados como en una parte de los hacendados. Estos veían en Artigas sobre todo a alguien que podía sujetar a los campesinos sin tierra. Pero pronto, ante la situación económica y las pocas perspectivas de mejora, la mayoría fue decantándose hacia Buenos Aires. En el caso de la parte minoritaria de las elites urbanas -algunos comerciantes criollos, como Juan María Pérez, o criollos hijos de extranjeros que habían emigrado antes de la caída de Montevideo, como Bianqui, adhirieron al sistema y supieron aprovechar la nueva situación-, el apoyo resignado a Artigas se sustentó en su capacidad de imponer el orden, limitar los desmanes de la tropa y garantizar un mínimo de autonomía frente al gobierno porteño. Pero la intransigencia y absoluta incapacidad de transacción del personaje hizo que no hiciera más que perder a pasos acelerados base social en su poder. Ninguna imagen más reveladora que la de Lucas Obes y Juan María Pérez, iniciales altos funcionarios del gobierno del Protector cargados de cadenas camino de Purificación, el campamento-campo de concentración sede de Artigas. Cuando llegue la invasión portuguesa de 1816 se volcarán a colaborar con los lusitanos. Y es que en ese momento, con más o menos convicción, la inmensa mayoría se adhirió y abandonó al caudillo, que en 1820 partió al exilio completamente solo. Este siguió contando algún tiempo con apoyo en las elites provinciales litorales –el artiguismo fue también una alianza de poderes provinciales frente a Buenos Aires-, pero su actuación intransigente y alejada de la realidad le fue privando cada vez de más apoyos hasta que se quedó absolutamente solo.

La actuación económica artiguista ha merecido grandes elogios. Su política de tierras ha sido calificada de revolucionaria, una especie de socialismo “avant la lettre” y es la razón central de la conversión del caudillo en un



icono de la izquierda¹⁰. Consistió en el reparto de lotes de tierra propiedad de los vencidos emigrados –“*de los malos europeos y peores americanos*”, como eran calificados por el Jefe- y de aquellos que habían sido favorecidos con donaciones por el último cabildo español y por el bonaerense, a personas carentes de propiedades. Si es cierto que el “Reglamento de Tierras” especificaba que la preferencia sería para los más desposeídos, no lo es menos que se trata de que una norma tan antigua como el tiempo: favorecer a los vencedores a costa de los vencidos¹¹ y ampliar la base de apoyo con esos grupos de colonos. En realidad no era más que la puesta en práctica del proyecto de colonización que había sido ya esbozado a la corona española por Félix de Azara en 1801.

Pero la estructura latifundista que se esbozaba desde el tiempo de la administración española no se alteraba para nada. Ni una sola hectárea en manos de hacendados que no fueran emigrados se tocaba. Es más, incluso se les encomendaba la tarea de que fueran ellos los que ayudasen a poblar el campo, que a causa de la guerra se había despoblado aún más de lo que tradicionalmente estaba. Encomendaba Artigas al Cabildo montevideano: *Sería convenientísimo, antes de formar el plan y arreglo de Campaña que VS. publicase un Bando, y lo transcribiese á todos los Pueblos de la Provincia relativo á que los Hacendados poblasen y ordenasen sus Estancias por si ó por medio de capataces reedificando sus posesiones, sujetando sus Haciendas á Rodeo, marcando, y poniendo todo el orden debido.*”

¹⁰ También lo es de la derecha. Durante la dictadura militar de los años 70 y por iniciativa de ésta se trasladaron sus restos entre grandes honores al monumento ubicado en la plaza más céntrica de la ciudad..

¹¹ Un edicto de una autoridad subordinada dejaba bien claro el sentido de la transferencia de propiedad de los enemigos a los adictos: “*Don Juan de León, Alcalde Provincial y Juez más inmediato al orden, arreglo y repartición de terrenos en esta campaña, etc. Por cuanto me tiene conferido por Reglamento Provisorio el señor general don José Artigas, las amplias facultades de distribuir y donar suertes de estancia á los que poco ó mucho han contribuido a la defensa de esta Provincia del poder de los tiranos que la invadían; y siendo repartibles éstas de las que poseían los que emigraron de esta Banda, malos europeos y peores americanos, y que hasta fecha no se hallan indultados por el señor Jefe, para poseer sus antiguas propiedades*”



En relación con la otra actividad central de la economía oriental, el comercio, la política artiguista se plasmó en varias medidas, algunas contradictorias y otras bienintencionadas pero impracticables. Si el tiempo de Buenos Aires se caracterizó por la brusca irrupción de la libertad comercial y de exportación de moneda, la base de la actuación de Artigas fue el proteccionismo de la producción artesanal frente a la introducción de artículos competitivos del exterior y el estímulo a la exportación de productos de la tierra, así como la ruptura de la posición única de Montevideo y Buenos Aires en los intercambios con el exterior, mediante el permiso para el funcionamiento de nuevos puertos, tanto en las provincias confederadas como en la propia Banda Oriental, en la que la propuesta se materializó con la apertura de los puertos de Colonia y Maldonado. Alguna de estas medidas resultó inoperante, como la apertura de nuevos puertos; un puerto no es sólo una autorización y un embarcadero, precisa de instalaciones, comerciantes con redes, tanto hacia el interior como hacia el exterior y una cierta tradición y Colonia y Maldonado carecían de ellos. El tráfico que generaron durante la etapa artiguista fue irrelevante. El proteccionismo significaba que los importadores aceptaran el comercio en esas condiciones, lo que no sucedió, teniendo en cuenta sobre todo que en frente se hallaba el puerto de Buenos Aires con tasas aduaneras mucho más reducidas. El sistema no funcionó; Montevideo, que en tiempos inmediatamente anteriores había logrado incluso superar en algunos tráfico, como la exportación de cueros –el más significativo rubro de exportación–, al puerto de enfrente, se convirtió en irrelevante¹² y Artigas se vio obligado a firmar un tratado comercial con los ingleses para evitar la pérdida total de los mercados exteriores, tratado que se firmó en agosto de 1817, cuando el caudillo había perdido el control sobre la mayor parte del territorio oriental, en una abierta contradicción con la política hasta entonces seguida¹³. Además, las trabas al libre comercio y sus consecuencias, la situación de guerra continua y de inseguridad en el campo supusieron motivos para la defección de los

¹² En los años 1815-16, los de Artigas, de un total de 100, Buenos Aires exportó el 84 por ciento de los cueros que salieron del Río de la Plata, mientras a Montevideo correspondió el irrelevante porcentaje del 16%. Era evidentemente un despeñadero comercial.

¹³ Además, el tratado, firmado con representantes locales, fue inmediatamente desautorizado por las autoridades de Londres, que no consideraban a Artigas un interlocutor válido.



hacendados y saladeristas y de su paso con armas y bagajes al campo de los portugueses.

Hay que decir por último que la historiografía nacionalista ha colocado a Artigas como el padre, el adalid y el gran luchador por la independencia *del Uruguay* respecto a las provincias rioplatenses. Pero ni en un solo texto conservado, Artigas aboga por esa solución. Es más, todos los testimonios que se conservan indican lo contrario y cuando en junio de 1815 y a fin de aplacar la guerra civil que arruinaba a las provincias, el Directorio de Buenos Aires ofreció a Artigas la independencia total para la Banda¹⁴, éste la rechazó indignado y afirmó que su voluntad era la unidad de todas las provincias basada en “la libertad de los pueblos que deben gobernarse por sí, divididos en provincias”.

El artiguismo fue un episodio corto y que dejó mayoritariamente un poso de rechazo. No tuvo incidencia alguna en el levantamiento de 1825, que se despegó claramente de su recuerdo¹⁵ y fue solo mucho más tarde –doblado ya el cabo central del siglo XIX- cuando comenzó a reelaborarse la visión extraordinariamente apologética que hoy predomina, muy relacionada con la necesidad de fundamentar históricamente un anteriormente inexistente sentimiento nacional.

El tiempo lusitano en la Banda Oriental

¹⁴ El plan de los comisionados argentinos era sustancialmente éste: el gobierno de Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental; renuncia a sus derechos sobre ella, deja a las Provincias de Entre Ríos y Corrientes en libertad de acción, se obliga a ayudar a la Banda Oriental en caso de lucha con España, y declara compensados los gastos y auxilios de la guerra.

¹⁵ Sobra con un testimonio, entre los innumerables que podrían encontrarse de otros personajes de los años 20 y 30, el de uno de los fundadores del Estado Oriental, Santiago Vazquez: “*Desde aquella época fatal fue que el caudillo se propuso sacar provecho del conflicto de los orientales... para romper todos los vínculos sociales, destruir las fortunas, atacar todos los principios de la civilización, autorizar todos los crímenes y hacerse dueño de los hombres rebajándolos, hasta el último grado de la corrupción y la ignorancia*”.



La presencia de un área desestabilizada en la frontera sur, unida a algunas fanfarronadas verbales y agresiones en la frontera por parte de las fuerzas artiguistas, a la seguridad de que no podía haber una respuesta de parte de la monarquía española, la creencia de que las otras cortes europeas comprenderían la acción¹⁶ y una complicidad tácita por parte de Buenos Aires, dieron a Juan VI el casus belli que llevaba esperando desde su llegada a ultramar para extender su poder hasta las orillas del Plata. En agosto de 1816 un ejército bien preparado, veterano de la guerra peninsular, cruzaba la frontera sur de Río Grande y en una campaña rápida se presentaba en enero siguiente a las puertas de Montevideo que, abandonada por la guarnición artiguista recibió al general portugués y su tropa como liberadores, con aclamaciones, tedeums y fiestas de regocijo y con la bienvenida del Cabildo bajo palio. El general lanzó una proclama en su primer día de gobierno en la que prometió garantizar los derechos y respetar escrupulosamente las costumbres de los vecinos. No en balde las tropas iban ya acompañadas por algunos notables orientales, como el antiguo ministro de los gabinetes bonaerenses Nicolás de Herrera. Comenzaban así diez años de administración portuguesa primero y brasileña después en el territorio oriental, un tiempo que ha sido absolutamente olvidado y mantenido oculto, como un agujero negro, por la historiografía oriental, que tantas páginas dedica al tiempo artiguista anterior.

¹⁶ La explicación que daría la monarquía portuguesa a las cortes europeas refleja su visión y la de una parte de la población oriental: *Que la ocupación de la Banda Oriental era un hecho provisorio destinado a garantizar las fronteras contra asaltos y amenazas de los pueblos sublevados del Plata; que los habitantes del Río Grande estaban expuestos a robos y correrías de los gauchos capitaneados por Artigas, “quien no se subordinaba a ningún gobierno del mundo y no implantaba en los territorios de su dominio un orden de cosas regular, ni un régimen civil y tranquilo y de respeto a los Estados vecinos”; que esos insurgentes incitaban a los soldados brasileños a la desertión, a los esclavos a fugar y a los habitantes a insurreccionarse contra el gobierno de su soberano; que España no había enviado un solo soldado para someterlos; que el Gobierno portugués no podía mantener a la defensiva un ejército sin grandes sacrificios; que su intención no era apoderarse de la margen oriental del Río de la Plata, sino acabar con la anarquía.*”



Aunque en la campaña continuó la resistencia de los artiguistas hasta su hundimiento total a fines de 1819, empedrada de deserciones hacia el campo luso, la suerte estaba echada el día en que se ocupó la capital. Los miembros del cabildo montevidiano –actuando en representación del territorio todo- dio un paso más y cuatro días después de la llegada de los portugueses, sin presión directa alguna, dirigieron escrito al rey Juan VI solicitando la integración del territorio en el de la monarquía bajo su administración. Incluso una delegación de la institución local se trasladó a Río para apoyar la demanda. La respuesta del monarca se demoraría sólo ante el temor de que ello provocara un conflicto con España, lo que mantuvo la ficción de una ocupación solo provisional durante los primeros años.

La administración portuguesa fue inteligente expidiendo desde el primer momento órdenes que colmaban aspiraciones de la población. Así, antes de haber transcurrido un mes desde su instalación revitalizaba la institución del Consulado, viejo anhelo montevidiano que había sido concedido por la administración española, devaluado hasta la casi supresión por la de Buenos Aires y olvidado por la artiguista. También varios buques salieron de Río por orden de la corte para hacer frente a la escasez que se sufría en la provincia, mientras que el Cabildo, cuyas arcas estaban absolutamente exhaustas, recibió un empréstito para hacer frente a actuaciones de su competencia.

Poco a poco, las medidas liberalizadoras reactivaron el comercio, el vacío dejado por tantos comerciantes españoles emigrados fue colmado con británicos, que se beneficiaron de los acuerdos que la corona lusitana había firmado tras su instalación en América y portugueses, que acabaron componiendo una nutrida colonia en la capital portuaria; además retornaron la mayoría de los exiliados que habían escogido Río como lugar de destino y que retornaron casi con el propio ejército ocupante. La administración portuguesa, en combinación con el recién reavivado Consulado de Comercio, puso en marcha una obra pública imprescindible para el buen funcionamiento y la seguridad del puerto y de la que se hablaba desde dos décadas antes sin que nunca se hubiera acometido: la



erección de un faro a la entrada de aquel, ubicado en la isla de Flores. Junto a ello se acometieron mejoras urbanas, como la apertura del primer cementerio extramuros, importantes reparaciones en las sedes de instituciones públicas como el Cabildo, la Casa de Gobierno y las fortificaciones o la apertura de una pionera escuela según el moderno método lancasteriano y se decretaron medidas para proteger la recuperación del ganado, base principal de la riqueza de la provincia que había llegado a un estado terminal, mediante la prohibición de exportar ganado vivo o la suspensión temporal de la actividad de los saladeros en 1820¹⁷.

Paralelamente, la administración portuguesa contribuyó a la institucionalización del aparato del Estado en la provincia, que pasaría a denominarse “Cisplatina”, siempre en los moldes del Antiguo Régimen imperante en el seno de la monarquía portuguesa, mediante la creación de una Cámara de Apelaciones con funciones de administración de Justicia, que se separaba de esa forma del poder ejecutivo, radicado en el Cabildo, al que hasta entonces estaba unida y de una Junta Suprema de Real Hacienda. Junto a ello, se garantizaba la permanencia de las anteriores con su funcionamiento tradicional, así como los derechos individuales de propiedad, inviolabilidad de domicilio, libertad absoluta de movimientos, de fijación de residencia y de entrar o salir del territorio, prohibición de prestar servicios de cualquier clase fuera de la provincia, etc. Antiguas y nuevas instituciones, que respondían a propuestas de la elite local, estaban integradas únicamente por naturales, lo que ampliaba sustancialmente la capacidad de juego político de aquella élite respecto de la que había tenido hasta entonces.

El conjunto de estas actuaciones y la estabilidad instalada en la provincia, una vez eliminada definitivamente la resistencia artiguista dieron como

¹⁷ La introducción del decreto hacía ver claramente la situación de la ganadería al final de una década de continua guerra: “Considerando el lamentado estado de ruina y desolación en que se hallan los campos de esta hermosa provincia tras los desastres de la guerra civil; y deseando que el hacendado encuentre arbitrios para restablecer sus estancias, y el cultivador sus labores: que todas las familias puedan repararse de los pasados quebrantos para gozar en sosiego las dulzuras de la paz: y que vuelva en fin la Campaña a su antiguo esplendor y riqueza por los esfuerzos de la industria protegida del orden y la autoridad de las Leyes...”



resultado la formación de un amplio consenso en torno al poder portugués. Joao VI proclamaba continuamente que la presencia lusa pretendía sólo salvaguardar para Fernando VII la tranquilidad e integridad del territorio, que en su momento le sería devuelto –al mismo tiempo que preparaba todo tipo de defensas para repeler la siempre anunciada expedición española-, lo que le supuso el apoyo de los leales, en buena parte antiguos exiliados en Río, creyeran o no en la sinceridad de la propuesta provisionalidad de la ocupación. La mayor parte de ellos regresó a Montevideo y en 1818-19 estaban ya haciendo negocios en su ciudad de origen. Aquellos partidarios de Buenos Aires se les unieron: la evolución de la política bonaerense, patente ya en el Congreso de Tucumán, hacia un sistema monárquico oligárquico, con un príncipe europeo a la cabeza o hasta un descendiente de la dinastía incaica, les ofrecía aquí a través de los Braganza una solución semejante, sin necesidad de recurrir a algo tan exótico como un inca o tan lejano como un príncipe de Lucca. Para los estancieros absentistas –exiliados o presentes- los portugueses significaban la esperanza de ver asegurados sus derechos contra la presión de los ocupantes que se habían asentado en sus tierras en los tiempos de Artigas. Para los comerciantes, la llegada de un orden estable, tan deseado sobre todo en el último año de gobierno artiguista y el posible proyecto de integración como región privilegiada en un gran imperio, lejos también de lo que consideraban la anarquía de Buenos Aires, bajo un régimen semejante al que habían defendido pocos años atrás. Además, las privilegiadas relaciones del Reino Unido lusitano con la Gran Bretaña tras la firma del tratado comercial colmaban una de las aspiraciones más interiorizadas por la elite comerciante. Unos y otros se veían atraídos por el señuelo de esa especie de integración en el mercado inglés que para Brasil supusieron los tratados de 1810. Para la ciudad en general, el régimen portugués significaba el triunfo en su pugna ya larga contra el campo, triunfante en el bienio anterior. En general y, salvo para las bases campesinas artiguistas, Portugal representaba en 1816-17 aquella tranquilidad, aquella paz, aquella seguridad, aquella estabilidad que tantos reclamaban en los últimos años y que ahora creían asegurada por una autoridad fuerte, indiscutida y de remoto centro, tres condiciones que el patriciado porteño enunciaba por aquel entonces como indispensables en



sus proyectos de restauración monárquica y el fin de lo que a partir de entonces sería denominado como “el tiempo de la anarquía”. Pronto, los hacendados comenzarían también a experimentar las ventajas de la estabilidad, del restablecimiento del comercio y de su integración en una estructura económica mucho más grande y con una relación privilegiada con Inglaterra. Los pueblos fueron muy trabajados por delegaciones del cabildo montevidiano, que prometiendo el mantenimiento de privilegios y costumbres, el mantenimiento de las milicias artiguistas como milicias provinciales con total reconocimiento de grados, y la amnistía para sus vecinos encausados, lograron en sucesivas reuniones de los cabildos de la campaña atraer a sus habitantes, que se manifestaron –Canelones, San José, Maldonado- a favor de la integración. Solo las masas de campesinos desposeídos podían representar una disidencia importante. Pero el paso a las filas portuguesas de algunos significados jefes artiguistas con una enorme maraña de relaciones entre aquellos, como fue el caso de Fructuoso Rivera, y la esperanza de que a causa de ello las nuevas autoridades respetaran las donaciones, apaciguaron al único sector que podía discrepar del general consenso,¹⁸ de forma que a comienzos de 1820 la provincia estaba totalmente pacificada y el capitán general portugués, Federico Lecor, podía permitirse licenciar a todas las milicias provinciales portuguesas, encargadas del buen orden interno.

La confianza en la nueva autoridad culminó en la definitiva institucionalización y legitimación de la nueva administración a través de la convocatoria de un congreso de representantes de la provincia, el

¹⁸Nadie mejor que el antiguo lugarteniente de Artigas y jefe de las milicias de la provincia, Fructuoso Rivera para expresar la opinión generalizada de lo que representó la integración de la Cisplatina en la monarquía portuguesa: *“el único medio que presenta la situación política de esta parte del Continente Americano para terminar la anarquía, restablecer el orden, afianzar la seguridad de las propiedades, restituir el sosiego a las familias y gozar de una libertad estable bajo las garantías de un gobierno poderoso y protector”*.

Un factor que habrá que tener en cuenta es el hecho de que la legislación lusitana sobre el arreglo de tierras, al igual que antes la colonial española, exigía la posesión de títulos válidos sobre la tierra. Como buena parte de los donatarios artiguistas carecía de tales títulos, sólo el amparo de los jefes militares, convertidos en caudillos de la campaña y de los que Rivera sería el principal exponente, les protegía frente a un posible desalojo. Ello convirtió la relación cuasivasallática entre una parte de los habitantes de la campaña y aquellos jefes en una especie de unión hipostática que se revelaría decisiva en la opción del campo en la encrucijada de 1825.



denominado Congreso General Extraordinario, apodado por la historia “Congreso cisplatino”. La convocatoria fue una de las consecuencias en la provincia cisplatina de la revolución liberal que estalló en Porto en agosto de 1820. Cuando la dinámica de ésta obliga a la Corona a volver a Europa, Joao VI se plantea dejar resuelto el posible problema que podría acabar planteando la inserción del recién incorporado territorio en el del Brasil ofreciéndole la alternativa de su propia autodeterminación, para lo que ordena que se den instrucciones *“haciendo congregar en la ciudad de Montevideo Cortes generales de todo el territorio, elegidas y nombradas de la manera más libre y popular, éstas hayan de escoger sin la menor sombra de coacción ni sugestión la forma de gobierno y constitución que de ahora en adelante se persuadan ser la más apropiada a sus circunstancias.”*¹⁹

La elección de los representantes se realizó por los Cabildos, es decir, se trató de una elección indirecta e incluyó a través de dieciocho diputados a todos los territorios de la provincia, en la que, con todos sus defectos y posibles presiones de la máxima autoridad, fue la primera y más amplia reunión representativa que antes se hubiera celebrado en la historia del país. EL Congreso debía deliberar y decidir en torno a estas tres posibilidades: *“Si según el presente estado de las circunstancias del país, convendría la incorporación de esta Provincia a la monarquía portuguesa y sobre qué bases o condiciones; o si por el contrario, le sería más ventajoso constituirse independiente o unirse a cualquier otro Gobierno, evacuando el territorio las tropas de Su Majestad Fidelísima”*.

Reunida la asamblea en julio de 1821, las reflexiones de todos los oradores descartaron la posibilidad de que la provincia pudiera constituirse en estado independiente –por su debilidad, escasa población, estado de

¹⁹ *“Absolutamente dispuesta Su Majestad a hacer cuanto pueda para asegurar la felicidad de esos Pueblos, ha determinado tomar por base de su conducta para con ellos en esta ocasión, dejarles la elección de su futura suerte, proporcionándoles los medios de deliberar en plena libertad, bajo la protección de las Armas Portuguesas, pero sin la menor sombra de constreñimiento, la forma de Gobierno y las personas que por medio de sus Representantes regularmente congregados, entiendan que son más apropiados a sus particulares circunstancias”*.



destrucción, inserción en un contexto geográfico-político enormemente agitado etc.-, de que se uniera a cualquiera de los territorios vecinos ex hispanos, por su estado de anarquía, que despertaba en ellos todos los fantasmas del pasado reciente o a España, en un estado entonces que imposibilitaba el recurso a ella. Por tanto y, por exclusión, tal como proponía el diputado Bianqui: *“no queda, pues, otro recurso que la incorporación a la monarquía portuguesa bajo una constitución liberal. De este modo se libra a la Provincia de la más funesta de todas las esclavitudes, que es la de la anarquía. Viviremos en orden bajo un poder respetable, seguirá nuestro comercio sostenido por los progresos de la pastura; los hacendados recogerán el fruto de los trabajos emprendidos en sus haciendas para repararse de los pasados quebrantos, y los hombres díscolos que se preparen a utilizar del desorden y satisfacer sus resentimientos de la sangre de sus compatriotas, se aplicarán al trabajo o tendrán que sufrir el rigor de las leyes, y en cualquier caso que prepare el tiempo o el torrente irresistible de los sucesos, se hallará la Provincia rica, poblada y en estado de sostener el orden, que es la base de la felicidad pública.”*

La incorporación al Reino Constitucional de Portugal, Brasil y los Algarves fue decidida por unanimidad de los representantes y acompañada de unas bases que fueron aceptadas por el gobierno de Portugal y que convertían la unión al Reino en una auténtica confederación: el territorio pasaba así a denominarse “Estado cisplatino”, considerado como diferente de las capitanías y provincias de Brasil y en pie de igualdad con los otros dos reinos de la monarquía, sería gobernado de acuerdo con sus propias leyes y costumbres y todos los empleos administrativos y políticos habrían de ser ocupados por naturales, quedando éstos exentos de contribuciones extraordinarias y de levadas militares y confiada su seguridad a sus propias milicias. Las rentas generadas en el Estado se quedarían en él y cualquier reforma del régimen fiscal debía ser consultada a las autoridades locales y para garantizar el cumplimiento de lo establecido y reclamar en caso de trasgresión se creaba la figura del Síndico Procurador del Estado. Esta singular forma de asociación, especialmente porque se realizaba respecto a



un Estado constitucionalmente unitario –el reino, después imperio de Brasil-, se mantuvo en las constituciones elaboradas tras la independencia brasileña. Eran evidentemente unas condiciones muy ventajosas y suscitaron un elevado consenso.

Al consenso contribuyó también un auge económico marcado por el triunfo total de Montevideo frente a Buenos Aires, consecuencia de la conjunción de las ventajas comparativas naturales de la primera frente a la segunda y de la continua inestabilidad política a causa de la endémica crisis de autoridad de la antigua capital virreinal. El comercio exterior, tal como revelan tanto las rentas aduaneras como el movimiento portuario indican que aquellas aumentaron hasta multiplicarse por cinco en los años 1820 al 24 respecto al periodo anterior, mientras que el movimiento de barcos en el embarcadero montevidеоano, a partir de los libros de entradas y salidas revela cifras aun mayores.

Pero de forma inmediata una serie de acontecimientos ligados también a la revolución liberal contribuyeron a quebrar el acuerdo. Ya la decisión de convocar el Congreso cisplatino revelaba un cisura en la actitud de los dirigentes lusos. Mientras que los brasileños eran firmes partidarios del mantenimiento de la unión de la provincia con el Reino Unido, los liberales portugueses optaron por el abandono; la necesidad de evitar problemas con la España liberal para hacer frente a la presión de la Santa Alianza y el desinterés por una cuestión para ellos remota les llevó a plantear en las Cortes lisboetas el abandono de la provincia. Frente a ellos, los diputados brasileños defendieron la permanencia y convirtieron la cuestión cisplatina en cuestión estratégica privativa de Brasil y una más de las causas de enfrentamiento con la antigua metrópoli.

El movimiento constitucionalista peninsular y los pronunciamientos liberales que se sucedían en Brasil desde enero de 1821 acabaron llegando a Montevideo. Una parte de la guarnición militar, formada por tropas metropolitanas, se pronunció a favor del sistema constitucional, mientras que las de origen brasileño permanecieron pasivas. Pero la escisión más importante se produjo en 1822, cuando la ruptura entre Brasil y la antigua



metrópoli se acelera: las autoridades civiles de la provincia –orientales- y al frente de ellas el capitán general, máxima autoridad lusa en el Estado, optó por Brasil, al tiempo que las tropas originarias de la metrópoli se convertían dentro de los muros de la capital en uno de los principales reductos de resistencia portuguesa en el conjunto del reino ultramarino. La diversidad de opción provocó una auténtica lucha interna que se prolongó por año y medio y en la que vuelve a producirse la separación entre Montevideo –en manos de los prolusos- y el resto del territorio, en las de los partidarios de la independencia.

Durante ese tiempo, la campaña permaneció absolutamente tranquila y a esa tranquilidad contribuyó en buena medida la opción de Fructuoso Rivera, la máxima autoridad militar de origen oriental, por el partido independentista y el hecho de que los hacendados optaron abiertamente por la facción probrasileña acaudillada por el capitán general Lecor. Mientras, los cabildos, exceptuado Montevideo, fueron aprobando, con la participación de los vecinos en cabildos abiertos, sucesivas actas de adhesión a la independencia. Pero en la capital, la disidencia de los militares lusos fue aprovechada por un lobby probonaerense de comerciantes, saladeristas y navieros, muchos de ellos vinculados por negocios a Buenos Aires y con implantación importante en el Cabildo. Su dirigencia se agrupaba en la sociedad secreta denominada “de los Caballeros Orientales”, directamente controlada por una rama de la célebre Lautaro, que se había ido reuniendo en torno a la idea de la reunificación con Buenos Aires, ramificados con algunos antiguos militares del círculo artiguista y que en octubre de 1822 –un mes después de la proclamación de la independencia de Brasil- comenzaron a actuar utilizando a la institución capitular como plataforma planteando el que el pacto surgido del Congreso Cisplatino había quedado roto en tanto que la unión preconizada por éste lo era al *Reino Unido* de Portugal y Brasil y no a una entidad entonces inexistente y ahora nueva, *el imperio de Brasil*. Por tanto, el Estado Cisplatino quedaba libre de su compromiso para optar por una nueva situación legal.



Y la opción sólo podía ser resuelta por un nuevo Congreso. Ante la imposibilidad de convocarlo por la oposición de la guarnición portuguesa, el Cabildo actuó como máxima autoridad y recabó la ayuda de Buenos Aires y Santa Fe para oponerse a la fuerza de los partidarios de Brasil, que dominaban la campaña.

La colusión de las actividades contrarias a Brasil de las fuerzas fieles a Portugal y del Cabildo igualmente contrario a la permanencia en Brasil provocaron la actuación de las fuerzas probrasileñas –regimientos lusos y orientales- ubicadas en la campaña, que sitiaron y bloquearon la ciudad y provocaron nuevamente un estado de guerra que parecía olvidado desde hacía cinco años, con sus graves consecuencias de estancamiento económico por la ruptura de los canales ciudad-campaña.

El temor de Bernardino Rivadavia a un enfrentamiento con Brasil²⁰ hizo imposible cualquier auxilio exterior al Cabildo montevideano y sus seguidores. El movimiento, aunque contó con la adhesión de las provincias de Santa Fe y Entreríos, solo logró mantenerse mientras duró la presencia de las tropas, ya que no consiguió provocar un levantamiento popular. El acuerdo que al final se produjo entre los representantes del Emperador y las fuerzas metropolitanas portuguesas en Montevideo para su traslado a Europa, acabaron con la protesta tras la entrada del capitán general en la capital y la completa pacificación de la provincia que, tras ser el último reducto de soberanía de Portugal en América, queda incorporada a comienzos de 1824 al Imperio del Brasil.

La definitiva pacificación coincidió casi exactamente con la promulgación de la Carta otorgada imperial que había sustituido, tras el golpe de estado del Emperador al proyecto nonato de la Asamblea constitucional de Río. La carta imperial no recogía alusión alguna específica respecto al Estado Cisplatino, lo que sí hacía el proyecto abortado de la Asamblea Constituyente y otros proyectos anteriores no oficiales, especificando que el territorio del Imperio comprendía todas las provincias que incluían las

²⁰ Rivadavia envió un emisario a Río para solicitar pacíficamente “la devolución de la provincia Oriental”, que no surtió ningún efecto.



posiciones portuguesas en el continente americano “e por federação o Estado Cisplatino”²¹. Ello introdujo en la Asamblea una larga discusión, ya que la alusión federal fue aprovechada por los liberales partidarios de una unión federal de todas las provincias para intentar extender el federalismo a todo el Imperio. En cualquier caso, la desaparición de la unión federal en la ley máxima definitiva era un mal augurio para el futuro, aun cuando siguieran vigentes las bases aprobadas en el Congreso Cisplatino.

Tales augurios se materializarían pronto en algunos significativos desplantes del carácter autoritario del propio Emperador: entre el Cabildo montevidiano y el gobierno de Río comenzaron a producirse roces por extralimitaciones imperiales en relación con el estricto respeto a las condiciones de la unión, de las que era muy celosa la institución municipal. Por ejemplo, hubo fricciones en torno al uso de la lengua española por parte del Cabildo en sus comunicaciones con el gobierno imperial, en general cuestiones que resultaban sobre todo significativas de una tendencia....Aun así, la Carta constitucional obtuvo la aprobación de todos los cabildos y de los vecinos, a quienes se sometió su aclamación, jura y su aprobación después por un procedimiento de muy escasa fiabilidad representativa: en los cabildos se colocaban dos libros, uno en el que firmaban los vecinos que aprobaban el texto magno y otro en el que lo hacían los que la rechazaban. No hay que decir que el libro del rechazo quedaba en blanco.

Del Estado cisplatino salieron elegidos –por el mismo procedimiento que en el resto del Imperio- dos diputados y un senador para la Asamblea y el Senado de Río. La constitución de 1824 preveía la existencia, como máxima autoridad, de un presidente en cada una de las provincias del Imperio, incluido el Estado cisplatino y el emperador nombró para ello a un lusitano, Maggesi Tavares de Carvalho, si bien rectificó después con el nombramiento de un oriental, García de Zuñiga. La institucionalización de la provincia en el seno del imperio avanzaba, pero algunos comenzaron a sentir que, omisiones constitucionales, actos equívocos del poder de Río,

²¹Igual especificación recoge el proyecto que presentó Hipolito José da Costa en el *Correio Braziliense* en septiembre de 1823.



se iba hacia una integración no federativa en el Imperio que muchos no deseaban.

El consenso que se había ido tejiendo tan laboriosamente comenzó a agrietarse a partir de 1824. Frente a la opulencia del “club del Barón” – la camarilla de orientales ennoblecidos por Pedro I que rodeaban al capitán general, Lecor, barón de la Laguna-, algunos miembros de la élite comenzaron a sentirse excluidos. La rebaja de tarifas aduaneras en el puerto de Buenos Aires había desviado una parte del tráfico hacia el puerto de enfrente en detrimento del montevideano, lo que perjudicó a algunos comerciantes. En el campo, progresaba el descontento de muchos preteridos en la política agraria y algunas medidas bienintencionadas pero poco acertadas, como la prohibición de matanzas de animales para intentar reponer la cabaña, que no logró su objetivo pero sí que el ganado se desviara hacia Río Grande, con la consiguiente pérdida para los saladeristas que se habían ido recuperando del largo tiempo de convulsiones, produjeron también disconformidad. Y finalmente —como se puso de manifiesto en el movimiento de 1823— había ido creciendo un grupo de partidarios de la vuelta al seno de la unión con Buenos Aires, justo en un momento en que su gobierno acababa de firmar un tratado de amistad y comercio con Gran Bretaña que hacía que ya no fueran de tan gran interés los anudados por el Imperio como herencia de los viejos acuerdos portugueses. Además, Buenos Aires y tres provincias habían firmado un tratado que dibujaba un espacio al que algunos se sentían inclinados a acercarse. Entre la unión al gran Brasil y aproximarse al nuevo proyecto bonaerense, optaban por éste último. Por último, no todo eran intereses, pesaba en algunos también la comunidad de historia, lengua y cultura con los territorios limítrofes de los que la provincia había formado parte.

Y es entonces —justamente cuando se había difundido la noticia de la derrota española en Ayacucho y una ola de entusiasmo republicano se expandía por el Río de la Plata- cuando se produce el desembarco de los 33 orientales, un grupo ligado totalmente a los intereses de Buenos Aires, financiado y armado desde allí y al que rápidamente se une, en



uno de sus sorprendentes giros de opinión que caracterizarían buena parte de su vida, nada menos que el más alto cargo militar de la provincia tras el capitán general, el comandante general de la campaña, Fructuoso Rivera, quien en los años de mando en el campo había ido tejiendo una densísima red de relaciones personales. Con él, la campaña entra rápidamente en ebullición. Los núcleos urbanos más importantes, Montevideo y Colonia, permanecerán fieles a la autoridad constituida reproduciendo así nuevamente la situación de 1811: la ciudad y el campo luchando en bandos opuestos. La élite comercial montevideana opta nuevamente por permanecer en la ciudad y solo aquellos que en 1823 habían apoyado el pronunciamiento y se habían exiliado figurarán en las filas de la insurrección. La situación se complicó mucho más cuando a fines de 1825 Buenos Aires entró en guerra contra Brasil. Nuevamente Montevideo vuelve a ser asediada por tierra, si bien la superioridad de las fuerzas del Imperio por mar permitió que se mantuviera abierta siempre la puerta del río. El bloqueo de Buenos Aires por la escuadra brasileña permitió a un Montevideo, que nunca llegó a estar aislado de su entorno productivo, seguir manteniendo sus funciones de puerto de tránsito, con lo que el colectivo comerciante sufrió pérdidas mucho menores —aunque las sufriera— que en la guerra de quince años antes.

El absoluto empate en que acabó encontrándose la contienda argentinobrasileña sobre suelo oriental, con un dominio casi total del territorio por parte de las fuerzas de Buenos Aires, que sin embargo se mostraban incapaces de tomar a Montevideo y la superioridad por mar de los brasileños, que estaban asfixiando con su bloqueo la salida al exterior de los porteños, amenazaba con agotar las fuerzas de ambos. A ello se uniría la profunda crisis política y financiera de Buenos Aires, al borde de la bancarrota y la difícil situación del Emperador, enfrentado al complicado escenario de la sucesión de su padre en Europa y a la impopularidad de la guerra, tanto por el peso del reclutamiento como por el hecho de que la opinión liberal simpatizaba con los insurgentes. Y es en ese momento cuando actúa la diplomacia británica imponiendo la convención preliminar de paz de 27 de agosto de 1828 que traía como



consecuencia para la provincia Cisplatina el acceso a una independencia tutelada por la que nadie había luchado.

La insurrección de 1825, que devino en guerra internacional, había sido en sus orígenes un levantamiento de la campaña, al mando de sus caudillos, contra el gobierno de la ciudad —de Brasil, pero también de la élite de comerciantes y hacendados que en su representación gobernaba la provincia en el marco del sistema de autonomía que le concedía tantas competencias — era la tercera vez que esto sucedía — había ocurrido antes en 1811 y en 1817— y volvería a acontecer muchas veces más hasta 1903. Es verdad que, junto con los caudillos levantados —Lavalleja, Rivera, Oribe— había un pequeño grupo de la élite partidaria de Buenos Aires, fundamentalmente gentes de profesiones liberales, pero en su mayoría ésta permaneció tras las murallas de Montevideo, junto al gobierno cisplatino, continuando sus negocios, a los que se añaden ahora los suministros al ejército, y aguardando hacia dónde se decidía la suerte de las armas para comenzar un goteo de infidelidades cuando, a partir de la batalla de Ituzaingó, podía adivinarse un final no demasiado favorable para su opción. El grueso de la insurrección que engrosó la que solo mucho más tarde se llamó “Cruzada de los Treinta y Tres” se nutrió de las mismas bases que la revolución artiguista: peonaje, indios —las tropas de Rivera estaban compuestas en parte de indios de las antiguas Misiones— y una parte de los hacendados, junto con mucho dinero de los nuevos saladeristas bonaerenses, muy interesados en volver a poner el pie en la riquísima —y ahora vacía— pradera oriental y en expulsar de ella los intereses de sus directos competidores riograndenses.

La guerra terminó con la victoriade Inglaterra. La hábil diplomacia de Su Majestad Británica, actuó sobre sus dos estrechos aliados —Brasil y Buenos Aires, que estaban ligados por tratados de amistad y comercio con el gobierno británico— en el momento en que parecía claro que la fuerza de las armas era incapaz de dirimir la guerra. Inglaterra propuso, presionó y consiguió la formación de un Estado tapón, el que ninguno de los dos contendientes saliera triunfante y se fortaleciera demasiado y además logró incluir en la Convención Preliminar de Paz una disposición adicional que



aseguraba un objetivo muy querido para ella: la libre navegación de los ríos²².

La independencia no había sido el objetivo de nadie, ni por supuesto de los que permanecieron fieles a Brasil ni tampoco de los insurgentes —menos aun de Buenos Aires— quienes en la labor de institucionalización de la revolución que se produjo en la Asamblea de Representantes reunida en la Florida —1825-1827— declaraban su voluntad de unirse como una provincia más a las Provincias Unidas del Río de la Plata y enviaban representantes al Congreso General Constituyente reunido en Buenos Aires, una intención que reiteraron una y otra vez. Partidarios de la unión con Brasil y adeptos a la incorporación a las Provincias Unidas se encontraron así con una independencia no querida —pero que parecía aceptarse que era la única salida al empate, no sólo entre los Estados vecinos, sino también entre las opiniones anteriores de sus propios ciudadanos— y que por disposición de la Convención Preliminar de Paz entre Brasil y Buenos Aires con la bendición —y la presión— de Inglaterra debía hacer tabla rasa de la obra institucional de la Asamblea provincial que había funcionado desde 1825, redactar una nueva Constitución y edificar un Estado. El nuevo Estado contaba apenas con 70.000 habitantes, esparcidos en una vasta superficie, de los que un cuarto vivían en la capital —que agrupaba alrededor de quince mil habitantes y que inauguraba así la macrocefalia desproporcionada que caracterizará al país hasta hoy—, con unos límites territoriales poco definidos, devastada su riqueza productiva por la presencia de dos ejércitos numerosos durante cuatro años y sumida en un caos monetario por la presencia de una masa circulante de papel moneda argentino muy depreciado y de moneda de cobre brasileña en cantidades importantes.

La convención preliminar imponía un absoluto olvido de las opiniones mantenidas hasta ese momento por los nuevos ciudadanos de la República Oriental, lo que facilitó el pacto entre los caudillos militares y sus

²² Un objetivo obsesivo y pertinaz del gobierno británico hasta más allá de mitad de siglo y que oculta una evaluación muy sobredimensionada de las potencialidades del comercio aguas arriba del Río de la Plata.



compañeros probonaerenses con los hasta entonces adeptos a la causa del Brasil. Más por desistimiento y hastío que por convicción²³ acabaron convergiendo en un consenso los artiguistas, los partidarios de Buenos Aires, los del imperio de Brasil y los nostálgicos de la soberanía española.

El nuevo Estado comenzó a funcionar en base a ese pacto tácito, colocando a un caudillo en la cúspide —tras un cortísimo periodo de gobierno del general Rondeau, los tres caudillos Rivera, Lavalleja y Oribe se turnaron en el poder a lo largo de los siguientes veinticinco años— y repartiéndose la oligarquía tradicional, ahora en buena parte ya en su segunda generación, los puestos del Estado como si éste fuese su finca familiar. En el consenso entraba evidentemente un ejército sobredimensionado para hacer frente a los compromisos personales de los caudillos. Todo ello trajo como consecuencia un Estado sumamente débil, cuyas rentas estuvieron siempre por debajo de la voracidad de sus servidores, lo que lo colocó muy pronto —ya en 1836— en manos de los agiotistas y de los préstamos de firmas bancarias extranjeras. Debilidad que manifestará también —como no podía ser de otra forma— en relación con sus poderosos vecinos, que intervendrán constantemente en la política interna oriental²⁴. Las tropas de las Provincias Unidas abandonaron el territorio a fines de 1828 pero poco más de diez años después entraban nuevamente para apoyar a una de las facciones de la guerra civil que acababa de estallar, mientras que las de Brasil lo harían varias veces después de 1850.

El colectivo comerciante, ahora engrosado con las casas europeas instaladas durante la Cisplatina, ante la realidad de un país compuesto de una ciudad rodeada de una campaña despoblada —0.4 habitantes por kilómetro cuadrado para todo el país, incluida la capital— con la riqueza pecuaria y la infraestructura transformadora de ésta totalmente

²³ Aun cuando un enviado británico informaba a su gobierno que a comienzos de 1827 se abría paso entre los comerciantes montevidéanos, permeados por la propaganda inglesa, la idea de la posible independencia tutelada.

²⁴ La convención preliminar de paz, en la que no participaron representantes orientales, preveía la tutela sobre el nuevo Estado de los dos grandes vecinos, que se reservaban el derecho de intervenir para protegerlo de toda disensión interna.



destruida por los años de guerra, con un mercado potencial interno empobrecido y empequeñecido, conciben un vasto proyecto, acariciado y aconsejado por los británicos y en el que Inglaterra desempeñaba un papel central: convertir a Montevideo y su territorio en una especie de ciudad hanseática bajo protectorado inglés²⁵, gran depósito de mercancías de toda América del Sur en su camino hacia Europa y Estados Unidos y para su redistribución, tanto hacia las costas pacíficas como hacia todo el interior, siguiendo el curso de los ríos y aprovechando la libre circulación de éstos que se plasma en la Convención Preliminar. Sería así la capital uruguaya el lugar de redistribución hacia un amplísimo territorio que cubriría todo el interior argentino, Patagonia, Paraguay y el antiguo Alto Perú —la gran esperanza de las casas de comercio de ultramar—, además de Chile, Perú y Guayaquil, retomando y potenciando así el papel de puerto de escala que ya aparecía en la época colonial y lusitana. La relación con Río Grande y Santa Catarina se alentaría y también el rol de base para la pesca de la ballena y los lobos de mar.

El proyecto estuvo cerca de convertirse en realidad. Las cifras del comercio exterior per cápita del nuevo país fueron abrumadoramente superiores a las de cualquier otro de Latinoamérica en la década de los 30. Pero el estallido de tensiones externas e internas en esa gran falla de San Andrés geoestratégica que era el Río de la Plata yugularon la ilusión más allá de 1840. A escala interna, la nefasta acción de los caudillos, que abrieron la era de los golpes de estado contra las instituciones establecidas antes incluso del fin de la guerra argentino-brasileña —en octubre de 1827 se inauguraba la sucesión de golpes cuando Lavalleja, apoyado por el ejército, disolvía la asamblea elegida de representantes de la provincia y destituía al presidente en funciones del poder ejecutivo— deshizo cualquier proyecto de alternancia pacífica en el

²⁵ La idea de una relación más que especial con Inglaterra esta en la mente de la burguesía comercial montevidiana desde el fin de la colonia y coincidía plenamente con los designios de los representantes ingleses en la zona. En realidad ese proyecto, el de la expansión económica bajo paraguas británico, tendría que esperar más de cincuenta años para fructificar. Pero en cualquier caso, ante los ojos del mundo —por ejemplo de los representantes de los Estados Unidos—, en 1830 estaba naciendo “una colonia inglesa disfrazada”.



poder. Ello unido a la intervención de los vecinos, que no acabaron de tomarse en serio la independencia del nuevo estado, sumieron al nuevo país en el caos por más de una década después de 1840.

En resumen, antes de llegar a la independencia, el pequeño territorio y sus escasos habitantes habían sucesivamente vivido en solo dieciocho años bajo soberanía española absolutista, española constitucional, de las Provincias Unidas, portuguesa, imperial del Brasil e independiente y habían enviado representantes a las Cortes de Bayona, a las españolas de Cádiz, a sucesivos Congresos y Asambleas rioplatenses, unitarios y federales, a las Cortes de Lisboa –aunque el diputado no llegó a presentarse-, a la Asamblea del Imperio del Brasil y por fin a la representación nacional de la República. No hay parangón posible en ningún otro país de América y nuestra afirmación del comienzo en la que manifestábamos que era el proceso más complicado de todos los caminos hacia la independencia del continente es perfectamente ajustada a la realidad histórica.

SUCINTA BIBLIOGRAFÍA

Brasil

ALEXANDRE, V., “O nacionalismo vintista e a questão brasileira: esboço de análise política”, en HALPERN PEREIRA, M., *O liberalismo na Península Ibérica na primeira metade do século XIX*, Lisboa, 1982.

ALEXANDRE, V., *Os sentidos do Império. Questão nacional e questão colonial na crise do antigo regime português*, Porto, 1993.

ALVAREZ CUARTERO, I y SANCHEZ GOMEZ, J., *Visiones y revisiones de la Independencia americana. La independencia de América: la Constitución de Cádiz y las Constituciones Iberoamericanas*, Salamanca, 2007.

ANDRADA E SILVA, José Bonifácio, *Projetos para o Brasil*, São Paulo, 1998.

BERBEL, M.R., “Nación portuguesa, Reino de Brasil y autonomía provincial”, en RODRÍGUEZ, J.E., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, 2005.

BARMAN, R., *Brazil, the forging of a nation (1798-1852)*, Stanford, 1988.

BERBEL, M.R., *A nação como artefato. Deputados de Brasil nas Cortes portuguesas (1821-1822)*, Sao Paulo, 1999.



- CABRAL DE MELO, Evaldo, *A outra independência: o federalismo pernambucano de 1817 a 1824*, São Paulo, 2004.
- CALDERON, M.T. THIBAUD, C. eds., *Las revoluciones en el mundo atlántico*, Bogotá, 2006.
- CARVALHO, Marcus J.M. de, "Cavalcantis e cavalgados: a formação das alianças políticas em Pernambuco, 1817-1824", *Revista Brasileira de Historia*, 18, 36, São Paulo, (1998).
- CARVALHO, Marcus J.M. de, "Os índios de Pernambuco no ciclo das insurreições liberais, 1817-1848: ideologias e resistências", em *Revista da SBPH*, 11, (1996).
- CHECHE GALVES, M., "Homens de cor" no processo de Independência da província do Maranhão", em *XXIV Symposio Nacional de Historia, ANPUH*, 2007
- FERRAZ DO AMARAL, B., *José Bonifácio*, São Paulo, 1961.
- FERRAZ, Socorro, *Liberais&Liberais: guerras civis em Pernambuco no seculo XIX*, Recife, 1996
- FERRAZ, Socorro, *Caneca, acusação e defesa*, Recife, 2000.
- GARRIDO PIMENTA, J.P., *Estado e nação no fim dos imperios ibericos*, São Paulo, 2004.
- GARRIDO PIMENTA, J.P., *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Castellón, 2007.
- GOMES, L., *1808*. São Paulo, Planeta, 2007.
- HOLANDA, S.B. de, *Historia geral da civilização brasileira*, São Paulo, 1970.
- JANCSÓ, I., GARRIDO PIMENTA, J.P., "Peças de um mosaico (apontamentos para o estudo da emergência da identidade nacional brasileira)", em MOTA, C.G., *Viagem incompleta. Formação: historias*, São Paulo, 2000.
- JANCSÓ, I., ed., *Brasil, formação do estado e da nação*, São Paulo, 2003.
- JANCSO, I., ed. *Independência: história e historiografia*, Sao Paulo, 2005.
- LUSTOSA, I., *D. Pedro I*, São Paulo, Companhia das Letras, 2006
- MALERBA, J., *A corte no exílio. Civilização e poder as vésperas de independência, (1808 a 1821)*, São Paulo, Companhia das Letras, 2000.
- MALERBA, J., *A independência brasileira. Novas dimensões*, Rio de Janeiro, FGV, 2006.
- MARQUES PEREIRA, S., *D. Carlota Joaquina e os 'espelhos de Clio'*, Lisboa, Horizonte, 1999.
- MATTOS, H.M., *Escravidão e cidadania no Brasil monárquico*, Rio de Janeiro, 2004.
- MONIZ BANDEIRA, L.A., *O expansionismo brasileiro e a formação dos Estados na bacia do Prata*. Brasília, Universidade de Brasília, 1995.
- MOTA, C.G., *Viagem incompleta: a experiência brasileira (1500-2000)*, São Paulo, 2000
- MOTA, C.G., *1822, Dimensões*, São Paulo, 1972.
- MOTA, C.G., *Nordeste 1817: estruturas e argumentos*, São Paulo, 1972.
- MOREL, M., "La génesis de la opinión pública moderna y el proceso de independencia (Rio de Janeiro, 1820-1840)", em F.X. GUERRA y A. LEMPÉRIÈRE, *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas (siglos XVIII-XIX)*, México, 1998.
- NICOLAU, J., *Historia do voto no Brasil*, Rio de Janeiro, 2004.
- NIZZA DA SILVA, M.B., *Movimento constitucional e separatismo no Brasil, 1821-1823* Lisboa, 1988.
- NOVAIS, F., *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*, São Paulo, 1986.
- NOVAIS, F., MOTA, C.G., *A independência política do Brasil*, São Paulo, 1986.
- NUNES FERREIRA, G., *O Rio da Prata e a consolidação do Estado Imperial*, São Paulo, Hucitec, 2006.
- OLIVEIRA, C.H., "A invenção do grito", *Revista de Historia da Biblioteca Nacional*, Rio de Janeiro, v.1, n. 5, ano 0, págs. 67-71, (nov. 2005).
- OLIVEIRA, C.H., *A astúcia liberal: relações de mercado e projetos políticos no Rio de Janeiro (1820-1824)*, São Paulo, 1999.
- OLIVEIRA, C.H., *O processo de independência*, São Paulo, 1999.
- OLIVEIRA, C.H., *7 de setembro de 1822: a Independência do Brasil*, São Paulo, 2005.
- OLIVEIRA LIMA, M. de, *O movimento da Independência*, Itatiaia, São Paulo, 1989.
- OLIVEIRA LIMA, M. de, *D. João VI no Brasil*, Rio de Janeiro, 1996.



- PEREIRA DAS NEVES, L.M.B., *Corcundas, constitucionais e pes-de-chumbo. A cultura política da independência (1820-1822)*, Rio de Janeiro, 2003.
- PORTO, A., “Influencia do caudilhismo uruguayo no Rio Grande do Sul”, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, IX, 3 trimestre, (1929), Porto Alegre.
- RIBEIRO Jr., J., “O Brasil monárquico em face das repúblicas americanas”, en MOTA, C.G., *Brasil em perspectiva*, Rio de Janeiro, 1990.
- RIZZINI, C., *Hipólito da Costa e o Correio Braziliense*, São Paulo, 1979.
- RODRIGUES, J.H., *Independência, Revolução e contra-revolução*, Rio de Janeiro, 1976.
- RODRIGUES, J.H., *A Assembléia Constituinte de 1823*, Petrópolis, 1974.
- RODRÍGUEZ, J.E., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, 2005
- SALLES OLIVEIRA, C.H. de, *A Independência e a construção do Império*, São Paulo, 1995.
- SALLES OLIVEIRA, C.H. de, *A astúcia liberal. Relações de mercado e projetos políticos no Rio de Janeiro (1820-1824)*, São Paulo, 1999.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio, “El Brasil português”, en AMORES, Juan Bosco, *Historia de América*, Barcelona, Ariel, 2006, pags.875-909.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio, “El otro año 8/O outro ano 8” en Fernando José Marroni de Abreu, ed. *Las invasiones napoleónicas y el mundo iberoamericano/As invasões napoléônicas e o mundo iberoamericano*. Fundación Cultural Hispanobrasileña, Madrid, 2008.
- SCHIAVINATO, I.L., ed. *A Independência do Brasil. Modos de lembrar e esquecer/ La Independencia de Brasil. Formas de recordar y olvidar*, Madrid, 2005.
- SCHULTZ, K., “La independencia de Brasil, la ciudadanía y el problema de la esclavitud: A Assembléia Constituinte de 1823”, en RODRÍGUEZ, J.E., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, 2005
- SCHULTZ, K., *Tropical Versailles: empire, monarchy and the Portuguese royal court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, New York, 2001.
- SCHWARCZ, L.M., *A longa viagem da biblioteca dos reis. Do terremoto de Lisboa a independência do Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 2002.
- SECKINGER, R., *The Brazilian Monarchy and the South American Republics (1822-1831)*, Baton Rouge/London, 1984.
- SILVA, A.M., ed., *D. Rodrigo de Souza Coutinho: textos políticos, econômicos e financeiros (1783-1811)*, Lisboa, 1993.
- SLEMIAN, A., *O difícil aprendizado da política na corte do Rio de Janeiro (1808-1824)*, São Paulo, 2000.
- SLEMIAN, A., *Sob o império das leis: Constituição e unidade nacional na formação do Brasil (1822-1834)*, São Paulo (doutorado), 2006.
- SLEMIAN, A., e GARRIDO PIMENTA, J.P., *O “nascimento político” do Brasil: as origens do Estado e da nação (1808-1825)*, Rio de Janeiro, 2003.
- SODRÉ, N.W., *As razões da Independência*, Rio de Janeiro, 2002.
- SOUZA, Iara L. C. de, *A independência do Brasil*, Rio de Janeiro, 2000.
- SZMRECSÁNY, T. & LAPA, J.R. do A., *História econômica da independência e do império*, São Paulo, 1996.
- WILCKEN, P., *Imperio a deriva*, Rio de Janeiro, Objetiva, 2005.

URUGUAY

- ACEVEDO, E., *Anales Históricos del Uruguay*, CD, Madrid, 2001.
- ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco. *Diario histórico de Montevideo en los años 1812-13-14*. Montevideo, 1978. .



- ALONSO, Rosa et alii, *La oligarquía oriental en la Cisplatina*, Tacuarembó/Colonia, 1970.
- ARDAO, A., *¿Desde cuándo el culto artiguista?*, Montevideo, 2001.
- ARDAO, A., *Artigas y el artiguismo*, Montevideo, 2002.
- ARDAO, M.J., CAPILLAS DE CASTELLANOS, A., *Artigas, su significación en los orígenes de la nacionalidad oriental y en la revolución del Río de la Plata*, Montevideo, 1951.
- ASSUNÇÃO, M.R., “De los antecedentes a las consecuencias de la Independencia del Uruguay. A modo de introducción. Proceso de formación nacional”, en VAZQUEZ, J.Zoraida, *El nacimiento de las naciones iberoamericanas. Síntesis histórica*, Madrid, 2004.
- BARRAN, José Pedro - Nahum, Benjamín. *Bases económicas de la revolución artiguista*. Montevideo: 1967.
- BAUZA, F., *Historia de la dominación española en el Uruguay*, CD, Madrid, 2001.
- BERRA, Francisco A. *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*. Montevideo: 1895.
- BLANCO ACEVEDO, P., *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad*, Montevideo, 1929.
- BLANCO ACEVEDO, P., *Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1901.
- CAETANO, Gerardo -RILLA, José. *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*. Montevideo: 1994.
- CAETANO, G., “Buenos Aires y Montevideo y la marcas de la revolución de la Independencia”, en *Atlántica*, 2, (2005).
- CAMPOS THEVENIN DE GARABELLI, M., *La revolución oriental de 1822-1823*, Montevideo, 1972-1978.
- CASTELLANOS, A., *La Cisplatina, la independencia y la república caudillesca*, Montevideo, 1998
- Kauffmann; William. *La política británica y la independencia de América Latina. 1804-1828*. Caracas: 1963.
- CHIARAMONTE, J.C., “Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3ª, 1 (1989).
- DEMASI, C., *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay*, Montevideo, 2004.
- FALCAO ESPALTER, M., *La vigía Lecor*, Montevideo, 1919.
- FREGA, A.,
- FREGA, A., “La virtud y el poder: la soberanía particular de los pueblos en el proyecto artiguista”, en FREGA, A. e ISLAS, A., *Nuevas miradas em torno al artiguismo*, Montevideo, 2001.
- N.GOLDMAN y R. SALVATORE, *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, 1998
- LUNA, Felix. *Br Los Caudillos*. B.A.: 1992.
- LUQUI LAGLEYZE, JM., *Los realistas 1810-1826. Virreinos del Perú y del Río de la Plata y Capitanía General de Chile*, Valladolid, 1998.
- MACHADO, Carlos. *Historia de los Orientales. De la Colonia a Rivera y Oribe*. V.1. Montevideo: 1997. (2da. ed.)
- MAGGI, C., *La nueva historia de Artigas*, Montevideo, 2005.
- MAIZTEGUI CASAS Lincoln R., *Orientales. Una historia política del Uruguay*, Montevideo, 2004.
- NAHUM, B., *Manual de historia del Uruguay*, Montevideo, 1993.
- NARANCIO, E., *La independencia de Uruguay*, Madrid, 1992.
- PEREZ, Joaquín. *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile 1818-1820*. Montevideo: 1960
- PIVEL DEVOTO, J.E., “El Congreso Cisplatino (1821)”, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, vol. XII, Montevideo (1936).
- Pivel Devoto, Juan E. *Raíces coloniales de la Revolución Artiguista*. Montevideo: 1973.
- Rebella, Juan A. *Purificación*. Montevideo: 1981.



- REAL DE AZUA, C., *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, 1991.
- REAL DE AZÚA, C., *El patriciado uruguayo*, Montevideo, 1961.
- RELA, Walter. *Artigas 1811-1820. Su acción política, militar*. Montevideo: 1998.
- REYES ABADIE, Washington , BRUSCHERA, Oscar -MELOGNO, Tabaré. *Artigas. El ciclo artiguista (1810.1820)*. Montevideo: 1973. 2v.
- REYES ABADIE, W., *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*, Montevideo, 1994.
- RIBEIRO, A., *Los tiempos de Artigas*, Montevideo, 1999.
- RIBEIRO, A., *El caudillo y el dictador*, Montevideo, 2003.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio y MIRA DELLI ZOTTI, Guillermo, “¿Crisis Imperial?...Conflictos regionales en América: Ser ‘realista’ en el Río de la Plata”, en *Actas del XII Congreso Internacional de AHILA*, Porto, 1999, vol. II, págs. 47-64.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio, “El Imperio que quiso ser y no fue. Francia en el Uruguay en la primera mitad del siglo XIX”, en PROVENCIO GARRIGÓS, Lucía, ed. *Abarrotes. La Construcción social de las Identidades colectivas en América Latina*. Murcia., 2006, págs. 315-351.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio, “La independencia de la República Oriental del Uruguay: los realistas en la Banda Oriental” en FRASQUET, Ivana, *Bastillas, cetros y blasones: la Independencia en Iberoamérica*, Madrid, 2006. páginas 57 a 92.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Julio, “Y Uruguay...”, en CHUST, M., SERRANO, J.A., eds. *Debates sobre las independencias americanas*, Madrid, 2007.
- SOLER, L., *Historiografía uruguaya contemporánea (1985-2000)*, Montevideo, 2000.
- STREET, John. *Artigas y la emancipación del Uruguay*. Montevideo: 1967.
- STREET, J., *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata*. B.A.: 1967..
- SUAREZ CABAL, C., “La soberanía en la Banda Oriental en el primer cuarto del XIX”, en *Ciudadanía y Nación en el mundo hispano contemporáneo*, Vitoria-Gasteiz, 2001.
- SUAREZ CABAL, C., “Aproximación al republicanismo en el pensamiento artiguista a través del análisis del concepto ‘pueblos’”, en *Historia Contemporánea*, 28, (2004).
- TORRE, N. de la RODRIGUEZ, J., et alii, *Después de Artigas*, Montevideo, 1972.
- VAZQUEZ FRANCO, G., *Francisco Berra: la historia prohibida*, Montevideo, 2001.
- WILLIMAN, José Claudio – PANIZZA PONS, Carlos. *La Banda Oriental en la lucha de imperios*. Montevideo: 1990.



VNiVERSiDAD
D SALAMANCA

GREDOs